

HOWARD FAST
EN MÉXICO Y DOS CUENTOS

©Howard Fast

Editado en México, año 2020.

Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:

www.brigadaparaeleerenlibertad.com/libros

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.

Diagramación y portada: Daniela Campero.

El escritor y militante judeo-estadounidense Howard Fast (1914-2003), perseguido de los grandes poderes de su tiempo, es conocido sobre todo por sus novelas históricas, entre ellas la gran epopeya *Espartaco*, que sirvió de base a la célebre película, del mismo nombre, de Stanley Kubrik, así como *Mis gloriosos hermanos*, sobre la resistencia del pueblo judío, ambas incluidas en el catálogo, de descarga gratuita, de la Brigada Para Leer en Libertad.

Pero su increíble capacidad para traducir los grandes dramas sociales al lenguaje concreto de la anécdota individual puede apreciarse también en sus poderosos relatos breves. Por eso hemos decidido reunir aquí algunas de sus mejores páginas narrativas, tomando como eje la experiencia mexicana de Fast. En una coyuntura mundial particularmente oscura, ofrecemos al lector esta selección de su narrativa, honesta, dura y solidaria, como una ventana para mirar hacia la humanidad, sus grandeza y sus tragedias, y mantenernos vinculados y comprometidos con ella.

PARA LEER EN LIBERTAD AC

PRÓLOGO

HOWARD FAST

PACO IGNACIO TAIBO II

“Howard Fast está vivo”, me dijo hace un par de años un editor en Nueva York. No me lo acababa de creer. Desde la publicación de sus novelas duras en el final de los años ochenta, le había perdido la pista. ¿Cuántos años tenía? Debería tener más de ochenta y cinco. Había nacido en 1914. Y me dijo: “No sólo está vivo, está escribiendo”. Puse mi mejor cara de fan y salí de la reunión con las pruebas para los críticos de las novelas que le iba a reeditar, *El cruce* y *Bunker Hill* y un teléfono en Connecticut.

Si todo el mundo tiene su actriz de cine, su cantante, su gran maestro de ajedrez, su mago, su político, yo tenía a mi novelista: Howard Fast. Lo había seguido con la fidelidad de un grupi a lo largo de casi cuarenta años, coleccionaba sus novelas y sus cuentos, sabía bajo qué seudónimos se había escondido, qué películas se habían hecho de sus libros sin darle crédito. Me había acompañado en los camiones

de tercera con los que recorrí la República en los sesenta y me había descubierto las inmensas posibilidades de la novela histórica.

II

Nacido en Nueva York en el Lower East Side, un barrio de emigrantes judíos pobres (Fastov se volvió Fast), que habría de retratar maravillosamente en su novela *Infancia en Nueva York*, vendió su primer cuento a los diecisiete años.

En la década de los 40 publicó *Los soberbios y los libres* y *Lugar de sacrificio*, que junto con su libro sobre Washington, *El hombre invencible*, arman una trilogía maravillosa sobre la guerra de independencia norteamericana. Logró una enorme fama con *Camino de libertad*, una novela sobre una rebelión negra después de la Guerra de Secesión.

Durante la Segunda Guerra Mundial su condición de antifascista “prematureo” lo alejó de los frentes y le dieron un extraño trabajo errante de periodista, que retrata magistralmente en un libro de cuentos, trabajo que le hizo desarrollar las aventuras más extrañas como quedar perdido durante días en un depósito de cascos de Coca Cola del ejército estadounidense en un país árabe.

Fue blanco de la represión política de posguerra y cuando se enfrentó a Joe McCarthy en una de las audiencias del Senado, durante la época de la

cacería roja (*Red Scare*), logró desesperarlo de tal manera al explicarle minuciosamente la historia norteamericana, que McCarthy lo interrumpió gritándole: “¡Vaya y escriba un libro!” Y Fast fue y lo escribió; no uno, muchos, y entonces las editoriales lo pusieron en la lista negra y no había editor en Estados Unidos que quisiera sus obras, y lo sacaron de las bibliotecas públicas, y entonces Fast escribió *Espartaco*, la editó de su bolsillo y la vendió directamente a los lectores. Y cuando también esa puerta se le cerró porque le bloquearon el uso del correo para la distribución, se ocultó bajo el seudónimo de Walter Ericsson y escribió una novela policiaca inquietante, *El ángel caído*, una novela policiaca metafísica. Y luego con el seudónimo E. Y. Cunningham escribió una serie de novelas policiacas con títulos de nombres femeninos: *Phillys*, *Penélope*, *Sylvia*...

Premio Stalin de literatura; encarcelado en 1950 en Estados Unidos por haberse negado a dar los nombres de sus compañeros de un comité de apoyo a los refugiados españoles; exilado en México, donde escribió una historia maravillosa, *Cristo en Cuernavaca*, Fast es autor de *El ciudadano Tom Paine*, *Max* (la mejor novela sobre los magnates de Hollywood), *Torquemada*, *El caso Winston*, *La pasión de Sacco y Vanzetti*.

En el 56, después de los acontecimientos, de Hungría rompió con el comunismo oficial y escribió un libro inquietante, *El dios desnudo*.

Durante un tiempo fue censurado por fascistas y stalinistas, retirados sus libros de la circulación —lo mismo en la biblioteca pública de Nueva York que en la de Moscú—, retenidos sus derechos autorales.

La Warner le pirateó *El otoño de los cheyennes* (tomada casi literalmente para la versión de John Ford de *La última frontera*), porque Edgar Hoover dijo que no se podría hacer cine de las novelas de Fast; y *Espartaco* (una novela de la que se han editado varias decenas de millones de ejemplares en todo el mundo), adaptada por Dalton Trumbo, habría de aparecer en pantalla sin su crédito. En los ochenta volvió a la carga con una enorme capacidad de provocación, unida a sus grandes virtudes como narrador, con dos novelas espléndidas: *The pledge* que recuperaba una historia que había recogido en Bengala durante la Segunda Guerra Mundial sobre la hambruna provocada por los ingleses, un crimen de guerra de magnitudes horripilantes y que había sido censurado hasta la aparición del libro en 1988, y reincidió con *La confesión de Joe Cullen*, un libro que provocó que hasta el liberal *NY Times* lo tildara de ultra. Una historia sobre los manejos sucios y las guerras secretas de la CIA en Centroamérica.

Combinó estos escritos con dos libros de cuentos de ciencia ficción con una serie de novelas policiacas que tienen como protagonista a un detective de origen japonés y filosofía zen en Hollywood.

III

A partir de septiembre de 2002 mantuve una larga serie de llamadas telefónicas con él. Quería hacerle un homenaje durante la Semana Negra, y aproveché para contarle las lecturas de sus libros que había hecho mi generación. Lo convencí, pero no a su médico. Nos mandó un mensaje grabado. Nos despedimos quedando en que los primeros días, de mayo 2003, pasaría a verlo. Dijo que me esperaría en la estación del tren, con su automóvil, que si yo lo reconocería. Dije que tenía en mi casa una foto suya de un mitin en los años 40, me dijo que no había cambiado demasiado.

Poco después, de repente, los cables de las agencias transportaron la noticia de su muerte. Howard Fast había muerto y algunos de nosotros nos hemos quedado más solos que de costumbre.

Pero tres estantes de los libreros de mi casa le pertenecen, acostumbro recomendarlo a lectores jóvenes que no lo conocían y que suelen agradecerme de las maneras más cálidas y sonrientes. Presto sus libros, no me los devuelven y los vuelvo a conseguir en librerías de viejo. Tengo su foto en mi pared, recuerdo su voz y nuestras largas conversaciones telefónicas. Lo he leído y sigo releéndolo. Me dijeron que se había muerto. No me lo creo. Seguro que en los próximos meses, años, alguna nueva novela de Fast aparecerá por ahí escrita desde los cielos y los infiernos.

IV

Unos meses después de haber escrito una primera versión de esta nota, rebuscando en uno de los librerros de mi casa que había quedado tapado por una bicicleta fija y una máquina de coser, un libro de Fast que desconocía, salió de entre los demás. Una colección de historias sobre los Estados Unidos, *Patrick Henry and the frigate's keel*.

No recordaba haberlo comprado.

¿Ven? Estaba vivo.

FAST EN MÉXICO

En junio de 1954, Bette, nuestros dos hijos y yo nos fuimos a México. Hubiéramos preferido ir a Europa, pero nos negaron los pasaportes (un truco ingenioso que el gobierno había aprendido de los rusos) y, por lo tanto, se nos prohibió la entrada a Europa. Hasta ese momento, habíamos vivido diez años como comunistas en Estados Unidos. Teníamos los nervios de punta; vivíamos en una preocupación constante, y si bien la amenaza particular no estaba bien definida, seguía presente. Los principales líderes del Partido Comunista estaban en prisión. El Partido se reducía conforme la campaña del gobierno en contra nuestra iba haciendo su efecto. Aunque seguía yo escribiendo con cierta regularidad para el *Daily Worker*, mi trabajo para el Partido era cada vez menor. Intenté publicar yo mismo mis escritos, pero me fue imposible. La relación editor-escriptor es muy importante. Es parte del cemento que une a un escritor con sus lectores, y

de ninguna manera es lo mismo ser tu propio editor. Además, mientras más publicas, sean tus propios escritos o los de alguien más, más dinero pierdes.

Entonces vino el extraño asunto de Michols y Feffer. Michols era un actor soviético famoso, judío. El coronel Itzhak Feffer, judío también, era un oficial del Ejército Rojo que había luchado valientemente en defensa de Rusia durante la invasión nazi, y había sido nombrado Héroe de la Unión Soviética, la más alta condecoración que daba su país; y además era un hombre muy guapo y atractivo. Ambos habían visitado Estados Unidos algunos años antes, principalmente para asegurarles a los judíos estadounidenses que las historias de antisemitismo en la Unión Soviética no tenían ningún fundamento. En ese momento circulaba una historia familiar. Feffer tenía parientes aquí, a los que les había ido bien y ofrecieron instalarlo en algún pequeño negocio minorista. Se rió de ellos. Él, un coronel del Ejército Rojo, dejando todo para vivir bajo el capitalismo.

Entonces, en 1954, una amiga, una comunista cuya militancia no era conocida, visitó la Unión Soviética como turista y habló con varios judíos allí; le dijeron que Michols había muerto en un accidente y que Feffer había sido ejecutado. Eran cosas muy vagas, pero le dijeron que no podían decirle nada más. No sé si lo creí, pero en ese momento fue muy inquietante. Tanto como la incesante cacería de bru-

jas aquí en casa. Era parte del mismo fenómeno que estaba afectando al Partido acá, y comencé a darme cuenta de que éste se estaba destruyendo a sí mismo tanto como el FBI. Cada vez se expulsaba a más personas, militantes leales, a los que se acusaba de racismo, y la reputación de Petis Perry, el jefe interino del Partido, no era nada buena. Para rematar, recibí una carta anónima de alguien que decía que trabajaba en el Departamento de Justicia en Washington, y que tenían un hombre negro dentro del Partido que podía hacer que cualquiera fuese expulsado. El autor pedía que destruyera la carta, y así lo hice. Cuando hablé del asunto con personas del Partido en las que confiaba, lo ignoraron.

Así, nos marchamos a México con la idea de que, si podíamos escaparnos por un tiempo, podríamos desenredar nuestros cerebros y pensar con claridad. La venta de nuestra casa de mampostería en 118 mil dólares representó un apoyo financiero, a pesar de que nuestra parte, después de la hipoteca y el costo, fue de sólo 8 mil dólares. Bette y yo habíamos estado en México en 1939 y sólo teníamos recuerdos cálidos de esa tierra que amábamos profundamente. En ese momento, el síndrome de Cluster me había debilitado mucho, y necesitaba desesperadamente descansar y olvidar por un tiempo que mi teléfono estaba intervenido y que al otro lado de la calle, algún idiota del FBI me esperaba para seguirme.

Viajamos por Air France, y fue un vuelo largo y estresante, en un avión de hélice lleno de gente, entre el rugido interminable de los motores. Los niños estuvieron maravillosos, y Jonathan, entonces un brillante y entrañable niño de seis años, se ganó a todos en el avión, mientras que Rachel se deleitaba con que le dijeran una y otra vez lo hermosa que era. Y de verdad lo era, con su largo cabello color miel y la salud de sus mejillas rosas de diez años. Muchas veces durante ese viaje reflexioné sobre nuestra condición de típica familia estadounidense de reparto televisivo.

Pasamos la noche en un hotel de la calle 5 de Mayo y a la mañana siguiente, nos subimos a un taxi con rumbo a Cuernavaca. Un querido amigo mío, Maxim Lieber, había sido uno de los agentes literarios más importantes de Nueva York. Pero al verse atacado —era agente de varios escritores comunistas, tanto europeos como norteamericanos— había entrado en pánico y, junto con su esposa Minna y sus dos hijos, se había mudado a México. Él tuvo la amabilidad de hacer los arreglos necesarios para que nos hospedáramos en un excelente hotel mexicano de departamentos. El dólar estaba entonces a doce pesos (era antes de la inflación en EU y en México), y para un estadounidense los precios eran ridículamente baratos. Teníamos dos dormitorios, sala, cocina y balcón. El balcón daba a una imponente cadena de montañas

púrpuras, y cada tarde las nubes se reunían alrededor de esos altos picos, como un velo suelto y ondeante sobre una gran dama, y luego estallaban en truenos y relámpagos. Era un lugar hermoso, dramático pero pacífico y extrañamente apartado del mundo, y eso nos convenía. Bette y yo sentíamos que habíamos tenido suficientes emociones fuertes por un buen rato. El hotel nos proporcionó una cocinera india, una señora pequeña y bondadosa llamada Raquel, y durante el tiempo que vivimos en el Hotel Latino Americano, Raquel nos alimentó con un extenso menú de comida mexicana extraña y deliciosa de infinita variedad. Cada noche, justo antes de la cena, corría a la calle y compraba tortillas calientes recién hechas. Nuestras cenas pronto se hicieron justificadamente famosas entre los comunistas que se habían refugiado allí.

En su mayor parte, los comunistas que habían huido de Estados Unidos para refugiarse en México provenían de la Costa Oeste. Debido a que la cacería de brujas había cobrado un precio devastador en la industria cinematográfica, el estado de ánimo de los ellos y de otras personas de izquierda era desesperado y desesperanzado. Aquellos castigados, encarcelados, privados del derecho a volver a trabajar — como ellos lo veían — eran parte de una sola industria, a diferencia del Este, donde los izquierdistas perseguidos se distribuían en una variedad de indus-

trias y lugares. Para ellos, el fascismo se había convertido ya en un rasgo fijo en el gobierno, y aunque la mayoría de la población no era aún consciente de ello, el sistema se impregnaría hasta convertirse en una copia estadounidense de la Alemania de Hitler. ¿No estaba ya Henry Luce proclamando el «siglo estadounidense» y no era eso similar al llamado de Hitler a que Alemania gobernara el mundo?

Era un estado de desesperación con el que no podía estar de acuerdo, aunque Albert Maltz lo había aceptado y se había alquilado una casa en la Ciudad de México, donde lo veríamos más tarde. La libertad y los derechos humanos estaban demasiado enraizados en Estados Unidos como para permitir una deriva tan fácil hacia el fascismo. Pensé que no era de ninguna manera inevitable, pero la pequeña colonia de exiliados se alegró de tenernos entre ellos para respaldar su opinión, tal como la veían, aunque yo insistía en que estaríamos allí sólo unos meses antes de que los niños comenzaran la escuela.

Hace treinta y seis años Cuernavaca era una ciudad pequeña y encantadora, con sus jardines, su hermoso zócalo y el antiguo Palacio de Cortés, convertido en museo, con murales de Diego Rivera sobre la Conquista de México en sus paredes. Fuimos muchas veces a ver los murales, y nos intrigó especialmente la cantidad de peones, hombres y mujeres muy pobres

que parecían haber recorrido todos los rincones del país para contemplar las espléndidas escenas.

Era una vida tranquila. Nos hicimos amigos íntimos de un médico alemán, Ernst Aman, que había luchado con el XV Batallón de las Brigadas Internacionales en España, y allí también estaban el escritor John Penn y su esposa, y un puñado de amigos más. No era una gran vida social, pero era suficiente para nosotros. El hotel tenía una alberca grande y bien cuidada, donde los niños jugaban durante horas. Hicimos un viaje con Ernst a una ciudad perdida en la cima de una montaña a unos treinta kilómetros de Cuernavaca, un lugar maravilloso aún sin excavar y alejado del camino de los turistas. Un niño mexicano del valle circundante nos sirvió de guía por unos pocos pesos. Conocía todos los rincones de esta antigua ciudad y hablaba un inglés fluido. Había trabajado intermitentemente con el grupo de arqueólogos estadounidenses que, junto con un grupo mexicano, habían comenzado la excavación. Nos dijo con orgullo que sus antepasados habían construido esta ciudad y que algún día iría a la universidad y se convertiría en arqueólogo y completaría la excavación.

Eso fue hace muchos años. Me pregunto al final si se convirtió en el arqueólogo que soñaba ser. En ese entonces sólo había veintisiete millones de personas en México; la población se ha triplicado y

dudo que el país siga siendo tan salvaje, misterioso y encantador como lo era entonces. El gran artista mexicano, Siqueiros, vino de la Ciudad de México a visitarnos. No nos conocíamos en persona, pero por supuesto conocíamos su obra y su reputación, y él había escuchado que estábamos en Cuernavaca. Era un hombre alto, apuesto y elegante, y vino con su esposa y varios miembros de su familia. Jonathan era feliz con una hoja de papel y un crayón. Dibujaba constantemente y una de sus creaciones recientes era un dinosaurio. Había comenzado el dibujo en una hoja de papel, y como había calculado mal el tamaño de la bestia, requirió una segunda hoja para completar el dibujo. Bette pegó ambas hojas en la pared, y cuando Siqueiros las vio, admiró el dibujo y le dijo a Jon: «Cuántas veces deseé poder construir otra pared para completar una pintura”.

Era absolutamente maravilloso estar en un lugar donde podíamos vivir y funcionar como seres humanos normales, donde no había nadie esperando al otro lado de la calle para seguirnos, donde pasaba un día o una semana sin noticias de otro encarcelamiento político, otra vida arruinada, y un nuevo editorial pidiendo la destrucción de Howard Fast. Caminábamos por las calles como gente libre, y nuestros conocidos no tenían por qué fingir que no nos veían.

Sin embargo, esto no era vida, no era una vida para nosotros. Yo no podía escribir y Bette no

podía pintar. Los días pasaban sin sentido. Nuestros hijos encontraron otros niños con quienes jugar, pero nosotros nos revolcábamos en una nebulosa inexistencia, enfrentando la extraña contradicción de que aquí, en esta tierra atrasada y hermosa, un comunista podía caminar como un hombre libre, mientras que en el gran gigante del norte, la corriente de mentiras anticomunistas, calumnias y odio nunca cesaba, y los comunistas eran perseguidos y encarcelados. No podíamos hacer una vida aquí como habían hecho otros comunistas, escritores, artistas, y cineastas estadounidenses. Estábamos completamente aburridos. Habíamos planeado pasar tres meses en Cuernavaca; al cabo de dos meses habíamos llegado a nuestro límite y decidimos que la Ciudad de México podría ser menos aburrida.

Max Lieber, que había estado pasando algún tiempo con nosotros en Cuernavaca para ayudarnos a instalarnos, tenía un departamento en la Ciudad de México a las afueras del bosque de Chapultepec, y encontró un departamento amueblado más pequeño en el mismo edificio que pudimos tomar durante un mes. Era un edificio bastante nuevo en uno de los mejores vecindarios, con el bosque de Chapultepec frente a nuestras ventanas, un lugar infinitamente divertido con campos de juego, museos, excelentes restaurantes, hasta llegar a las Lomas de Chapulte-

pec, donde los mexicanos habían ofrecido su última resistencia contra el ejército estadounidense invasor, y donde, en el momento en que estábamos allí, un edificio albergaba un enorme mapa que mostraba Texas, Nuevo México, Arizona, California y Nevada como parte de México.

Aunque Jon ya no podía pasar cuatro o cinco horas al día en la alberca, había otras cosas para los niños, y cuando se corrió la voz de que vivíamos allí, un sinnúmero de visitantes vino a vernos. Alguien sugirió un viaje a la Pirámide del Sol, donde los arqueólogos a cargo hicieron todo lo posible para saludarnos. Le mostraron a Jon un puñado de fragmentos que, según explicaron, tenían tres mil años. Con los dos niños, subí a la cima de la gran pirámide mientras Bette se quedó abajo y miraba y oraba; y si nada más surgía de esos meses en México, Bette y yo encontramos en nosotros un amor duradero que no se rompió ni se tensó durante los siguientes treinta y seis años.

Todo eso nos dio México, por lo cual le estaré eternamente agradecido. Después de diez años de ser vilipendiado como un delincuente común, aquí fui procurado, honrado y admirado. Diego Rivera nos invitó a Bette y a mí a almorzar en su casa. Le explicamos que no teníamos a nadie con quien dejar a los niños y nos dijeron que los lleváramos. Fueron unas horas maravillosas las que pasamos con ese hombre, un gran artista que fue el alma de México.

Su esposa había muerto muy recientemente; la casa estaba cubierta de luto; y le dijo a Rachel que nunca debía temer a la muerte. No puedo imaginar lo que pensó ella de ese extraño notable y gran hombre, que, le habían dicho, era un gran artista, sentado a la luz filtrada de su habitación, rodeado de su gran colección de perros funerarios aztecas de arcilla. Nos dijo, mientras los niños lo escuchaban con la boca abierta, que todo el que muere debe ser enterrado con uno de esos perros, porque sólo ellos conocen el camino a través del río del inframundo hacia el paraíso del más allá, y luego sonrió y les aseguró que era sólo un viejo cuento popular indio. «Pero, verán, yo soy un indio viejo», explicó. «Mis raíces llegan muy profundo».

Recientemente había completado una serie de murales para el nuevo hotel de lujo de la Ciudad de México, el Prado, murales que protestaban por las afrentas del pueblo mexicano; y cuando terminó, los dueños del hotel habían cubierto su obra con una gran pantalla, para que los turistas estadounidenses ricos no lo vieran y se sintieran ofendidos. “Un artista debe ofender”, dijo, y me preguntó si lo entendía. Lo entendí. Había pintado la bandera de Guatemala en la puerta de su casa unas semanas antes, cuando la CIA derrocó al gobierno elegido democráticamente para poner en el poder a un dictador aprobado por Estados Unidos. “Es un gesto tan pequeño — dijo —.

Pero siempre es lo mismo. México está demasiado lejos de Dios y demasiado cerca de Estados Unidos.”

Insistió en caminar con nosotros desde su estudio, en un barrio de calles pequeñas y estrechas, hasta la avenida principal, donde podíamos tomar un taxi. Rachel, fascinada por él, lo tomó de la mano mientras caminábamos, y en ese barrio bastante pobre, cada persona con la que nos topamos — obreros, barrenderos, mujeres cocinando tortillas, mujeres comprando, tenderos — hizo una pausa para hacer una reverencia: “Saludos, maestro”. Una palabra que va muy bien con Diego Rivera. Había para nosotros amor, compasión y respeto allí en México, pero ni Bette ni yo teníamos madera de exiliados o expatriados, y cuanto más lejos estábamos, más anhelábamos estar en casa. Fuimos a Oaxaca, en el sur, para ver las ruinas, viajando con una bella dama mexicana que era hija de un hombre recordado como el «general cristiano», el dueño de una gran hacienda que había dividido su tierra entre los peones y se había unido a los revolucionarios de Zapata. Fue una guía maravillosa, una compañera brillante y encantadora.

De regreso a la Ciudad de México, nos aguardaba una asombrosa sorpresa; era una carta de Julie Trupin, informándonos que el Congreso había aprobado la Ley de Control Comunista, una medida discutida durante mucho tiempo pero tan inhumana y cruel que iba más allá de cualquier promulgación

del pasado. Eliminaba la Primera Enmienda de la Constitución y legalmente convertía a Estados Unidos en un estado policial. A la fecha de este escrito, la Ley de Control Comunista de 1954 nunca se ha utilizado, pero permanece en el Código Penal de Estados Unidos, como un recuerdo obscuro y podrido del pasado. Pero era 1954 y no podíamos ver el futuro. Sentimos que la ley se había promulgado para usarse, y eso significaba el final de la vida como la conocíamos, de hecho, como la conocía toda persona de buena voluntad en Estados Unidos; porque se trataba de una ley que podía poner a todos los liberales de Estados Unidos en prisión durante veinte años.

Permítanme explicar sus disposiciones. Hay catorce definiciones de las personas que están bajo su jurisdicción y que, sobre la base de esas definiciones, pueden ser encarceladas hasta por veinte años. En otras palabras, cualquier persona definida por los siguientes párrafos se presume culpable y puede ser arrestada y procesada. (Tengan en cuenta que digo «presunto culpable», en lugar de «inocente hasta que se demuestre su culpabilidad», una idea básica para el derecho penal de Estados Unidos, porque la legislación instruye al jurado de manera tan amplia en términos de pruebas que crea una red inquebrantable de culpa.)

CRISTO EN CUERNAVACA

En una fresca y clara mañana de verano, mientras mi esposa y yo bajábamos por la calle Dwight W. Morrow, en Cuernavaca, desde lo alto de la colina hasta el viejo mercado, vimos a un hombre cabalgando en un burrito —o “burro” como le llaman aquí—, y ese hombre se parecía a Jesucristo. Ustedes pueden objetar que nadie sabe cómo era Jesucristo, pero existe un rostro que con el tiempo se ha venido formando y haciéndose real a través de miles de cuadros y esculturas, y ése era el rostro de ese hombre.

Era un indio. Lo cubría un viejo poncho, en la cabeza llevaba un sombrero de alas anchas, sus cabellos largos caían a ambos lados de su rostro sensible y lleno de dolor como tantos rostros en México y sus hermosos ojos negros reflejaban una carga tan grande como una pesada cruz de madera. Su montura, crudamente tallada a mano, parecía hecha por

él mismo. Dos pequeños jarros para leche colgaban a ambos lados de la perilla del arzón y sus sandalias de correas lo hacían ver como un labriego que seguramente había venido al pueblo para vender la leche de las pocas cabras que tenía. Cabalgaba con lentitud, y tanto sus pensamientos como su mirada debían haber estado ensimismados, porque parecía no tener conciencia más que de sus propias preocupaciones y recuerdos.

Lo observamos con descortés curiosidad porque no pudimos apartar la vista de él y, después que pasó de largo, mi esposa y yo nos miramos llenos de asombro, porque no es una experiencia muy corriente ver la viva imagen de Cristo cabalgando en un burro.

Mientras hacíamos nuestras compras no dejamos de hablar de él, después, llevamos nuestra cesta de provisiones a la plaza del pueblo para poder beber el maravilloso café mexicano y gozar del sol de la mañana, antes de regresar a casa.

Cuando llegamos a la plaza, vimos sentado en una mesita delante del café a un hombre al que nosotros llamábamos el desterrado y como era ingenioso, encantador y gentil, nos alegramos de tomar café en su compañía.

Cuernavaca está llena de desterrados de una y otra clase, así ha sido por muchos años: los republicanos españoles en destierro y, antes que ellos, los

desterrados alemanes y, aun antes, desterrados de toda América Latina; porque, si uno tiene que estar desterrado, ¿dónde mejor que en un pueblo encantador y tranquilo como Cuernavaca? Los desterrados de los Estados Unidos de Norteamérica han aparecido allí sólo durante los últimos cinco años, exiliados y refugiados, prisioneros políticos recién puestos en libertad y todavía enfermos con la soledad y el horror de la cárcel, escritores incluidos en la lista negra y perseguidos dondequiera que vayan, actores que ya no pueden trabajar porque un día firmaron una petición, pintores interrogados por éste o por aquél comité del Congreso, y muchas otras personas enfermas con el miedo y con el horror de lo que estaba sucediendo en la tierra en que nacieron. En una época, hace poco tiempo, había una colonia considerable de estos exiliados de los Estados Unidos, pero la colonia disminuyó por la emigración que buscaba el confort de la Ciudad de México, deshaciéndose luego bajo las exigencias de la nostalgia por la patria y la pobreza que, al fin, los hacía volver para soportar cualquier cosa que les esperara en su propio país.

Simbólicamente, sólo el desterrado permanecía allí durante el verano que nosotros pasamos en Cuernavaca y era el último de los americanos que quedaba. Se le veía lleno de dolor y de angustia por haber quemado tantos puentes con su hogar y porque el camino de regreso era ahora tan enmarañado

e imposible, pero encubría el dolor con su ingenio un poco amargo y con irónicos comentarios sobre sí mismo. Él mismo sabía que era penoso estar con él, pero odiaba ese papel y nos dio la bienvenida con palabras llenas de cáustico humor.

Después que pedimos café, mi esposa le dijo:

—Vimos a Cristo que se dirigía al mercado montado en un burro.

—¿Qué?

Yo le expliqué todo mientras bebía mi café, dirigiendo la mirada a la plaza bañada en luz verde y blanca, al antiguo palacio de Hernán Cortés y al anfiteatro de increíbles montañas que nos rodeaban por completo.

—No me sorprende —dijo él. En México puede suceder cualquier cosa. Piensen que hace cuatrocientos años este país fue clavado en la cruz por los cristianos españoles. El canto del látigo llegó a ser himno nacional. ¿Por qué le sorprende encontrarse con Cristo en la calle Dwight W. Morrow? Es el sitio más indicado para él.

—¿No te impresiona?

—Cada vez me impresionan menos cosas. El exilio hace nacer un cinismo inevitable. En cualquier caso me parece una reacción curiosa de parte de dos personas que se consideran materialistas.

—Lo que vimos era bastante material —dijo mi esposa. Era un indio montado en un burro.

—Sin duda eso es lo que estaba ahí —señaló el desterrado. Pero lo que vieron, según ustedes me han contado, fue a Cristo.

Hablamos mucho rato, mientras el desterrado estimulaba nuestra creciente credulidad y finalmente, con poco menos que una disculpa, estuvimos dispuestos a admitir que era un truco de la imaginación. Durante los días siguientes, el asunto desapareció de nuestras mentes. Un día nos encontramos en la calle con el doctor Arno Serente, le mencioné que me aquejaba un forúnculo bastante grande y doloroso, y me rogó que pasara por su consultorio para abrirlo. No me pareció que el forúnculo tuviera tanta importancia, pero al doctor Serente le encantaba hablar de las cosas de América y de otras partes del mundo y, como era un conversador interesante y pintoresco, poco me costó comprometerme a pasar por su consultorio esa misma tarde.

Él también había sido un desterrado en otros tiempos, tantos años atrás que parecía haberlo olvidado, ahora era parte de Cuernavaca, aunque mantenía su anhelo de regresar a España, guardando en su corazón un profundo amor por ella; su vida era un continuo apurarse de un lado a otro con su maletín negro en la mano, atendiendo a los pobres enfermos mexicanos que jamás tenían dinero suficiente para pagarle, y a los ricos alcohólicos americanos, de quienes vivía porque les cobraba precios exorbitantes.

Había sido capitán en el Ejército Republicano Español y, finalmente, tuvo que huir a través de los Pirineos con su esposa y miles más, terminando su larga odisea en México, sin más que las ropas que los cubrían y sin un peso, ni un franco, ni un centavo en el bolsillo. Pero de eso hacía ya quince años, y estaban distantes también los días en que ejerció su profesión en pequeños pueblos de indios adonde hay que llegar en mula porque no tienen caminos ni siquiera de terracería; en cambio ahora tenía éxito — dentro de cierta medida —, con una casa agradable, un consultorio y una enfermera, comiendo tres comidas diarias y con el peso de buena cantidad de dinero en sus bolsillos. España seguía sumida en un estado soñoliento, era casi incapaz de darse cuenta de que el verdugo Franco se hacía cada vez más experto en sus carnicerías, asesinando el corazón y el alma y la esperanza de España hasta que, poco a poco, Serente llegó a aceptar con resignación su vida en México. “Regresaré algún día”, decía en alguna parte de su corazón, pero ese día no tenía fecha en el calendario.

Su consultorio era un pequeño edificio de ladrillos que estaba más allá del mercado, y se entraba por un vestíbulo antiguo, oscuro y sucio. Subiendo las escaleras se llegaba a un rellano con un largo banco y dos sillas que hacía las veces de antesala y donde una pila de revistas viejas y deshojadas, en castellano e inglés, ofrecían su humilde compañía a

los enfermos afligidos que esperaban. Eran cerca de las tres de la tarde cuando llegué y allí, sentado triste y pacientemente en la antesala, estaba el hombre del burro, el indio que se parecía a Jesucristo.

Esta vez tuve tiempo para observarlo con cuidado, sin la confusión del mágico sol matinal, y descubrí que mi esposa y yo habíamos estado atinados en nuestra primera impresión, que este hombre parecía un Cristo redivivo, vestido con ropa de indio vieja y gastada por el trabajo.

Cuando uno ha estado en México durante algún tiempo se llega a aceptar la tristeza de los rostros mexicanos como si las facciones mismas admitieran que en todo el mundo no existen rostros más hermosos que los oscuros rostros surcados de los indios de esta tierra infeliz y, por lo tanto, el dolor nunca es vulgar. Es una intrusión, una deformación, porque estos son seres hechos para la luz de la alegría y siempre queda el misterio de cómo es posible que el dolor se grabe en forma tan profunda. Así era este caso y, como sentí necesidad de saber algo de él, en mi pésimo español le pregunté si estaba esperando al médico.

—No, a mi hija —respondió, explicándome que ella estaba muy enferma y que se encontraba en consulta acompañada de su madre. Poseía la paciencia increíble de la mayoría de los mexicanos sencillos que, cuando un extranjero les habla en su idioma,

aun mal como yo, abren su corazón. Tenía una voz rica y agradable, muy tierna, y aun antes que me dijera que su hija era todo en el mundo para él, estaba claro que se trataba de un hombre que adoraba a los niños. Me dijo que la niña tenía doce años y que, para su fortuna e infortunio, no tenía más hijos. Un hombre sin hijos, tiene por delante una vejez laboriosa y cansada, especialmente si se trata de un pequeño agricultor como él, que poseía unos cuantos metros de terreno, una choza y un puñado de cabras, que sólo rinde algo con muchos cuidados; sin embargo, tenía la buena suerte de criar una hija y de derramar sobre ella todo el amor, porque — como él lo hizo notar — un niño que recibe todo el amor que necesita, crece como una planta única en la tierra negra del valle, haciéndose tan fuerte como hermoso.

No alcancé a entender todo lo que me dijo, ya que no supe el significado de ciertas palabras, pero lo comprendí cuando la madre y la hija salieron del consultorio de Serente; la belleza de la chica me dejó sin respiración, la madre aún conservaba vestigios de una belleza parecida de la época feliz de juventud. Aunque estaban atemorizados con la consulta y con la oficina del médico, y aunque los ojos de la madre parecían desenfocados por el dolor, no disminuía su belleza, por el contrario, parecía aumentarse y acentuarse. Se sentaron a esperar mientras Serente hablaba con el hombre en su papel de padre de familia. A

ellas no les hablé. Sólo las miraba de vez en cuando; luego, aunque el padre salió aterrado, logró cumplir con los requisitos de cortesía:

– Buenas tardes, señor, y adiós.

Mientras bajaban la escalera, Serente me hizo entrar a su consultorio.

Pronto terminamos con el forúnculo y le dije:

– ¿Has pensado alguna vez, Arno, a quién se parece el hombre que estaba afuera?

– Supongo que se parece a todos los indios.

Le conté de esa mañana en la calle Dwight W. Morrow, explicándole nuestra impresión.

– Es maravilloso ser escritor, porque entonces nada se ve simplemente como es. Supongo que es necesario que así sea...

– No más necesario para un escritor que para un médico.

– Entonces fue el burro.

– Lo malo de mucha gente y también de muchos escritores, es que dejan de ver cosas.

– Quizá tu misión sea la de ver lo más posible mientras que nuestra paz mental depende de ver tan poco como podamos. Sea como sea. Mi esposa quiere saber si puedes cenar con nosotros mañana, porque vendrá un muchacho honrado y valiente, que es jefe de sindicatos de la Ciudad de México y quiere conocerte.

—¿Por qué será que ustedes los mexicanos usan la palabra valiente de una manera en que no debería de ser empleada? —pregunte un poco mal-humorado.

—En primer lugar, para mi desgracia, no soy mexicano sino español, y en segundo lugar, en nuestro idioma la palabra ha sido usada con perfecta propiedad. Es sólo al traducirla al inglés que se torna extraña y eso debido a que en tu idioma no hay una palabra que esté a su altura o quizá porque el concepto de valentía disgusta al norteamericano.

—No quiero meterme en una discusión semántica. Estaré feliz de cenar contigo porque tienes una esposa encantadora, un jardín hermoso y exquisita comida.

—La diferencia entre tú y la mayoría de los americanos —dijo sonriendo— es que insultas con toda consciencia mientras que ellos llegan al mismo resultado sin darse cuenta. A las siete de la tarde.

Prometí acudir y entonces, al salir, le pregunté acerca de la chica que había atendido antes que a mí, esperando que no estuviera gravemente enferma y que pronto se restableciera.

—Me temo que está muy enferma —dijo Serente.

—¿Sí? Pero seguramente se podría curar.

—Me temo que no —dijo él con toda calma.

—¿Quieres decir que tiene una enfermedad mortal? Dios mío, ¿cómo puedes quedarte ahí parado y decírmelo con toda tranquilidad?

—¿De qué manera debería decirlo? Soy médico y tengo que ver con gente enferma, no de vez en cuando, sino doce o quince horas al día. Muchos mueren. Parece que aquí en México mueren más que en otras partes.

—¿Me quieres decir que ella se va a morir?

—Me temo que sí.

—No, no es posible. No es posible que una chica tan joven y tan bella esté condenada a la muerte.

—Mi querido amigo norteamericano —respondió con paciencia. ¿Qué tiene que ver la juventud y la belleza? La chica está muy enferma.

—Acepto que lo esté, pero no vivimos en la Edad Media. Vivimos en una época de antibióticos, de drogas milagrosas y de cirugías maravillosas. Seguramente puedes hacer algo.

—Nada puedo hacer —dijo él agriamente, volviéndose para colocar sus instrumentos dentro del esterilizador. Donde tú vives puede ser la época de los antibióticos y de todas esas cosas. Aquí todo es muy parecido a la Edad Media. Más aún, creo que estás haciendo un drama y dudo que seas completamente sincero.

—Ahora te toca ser altanero.

—Nada de eso. La verdad del asunto es que yo trabajo y vivo aquí. Pero porque tú te emocionas

al ver a un peón indio cabalgando sobre un burro y porque su hijita es hermosa, cosa que no es rara en este país, traes a colación el problema de la enfermedad de la chica como si yo pudiera curarla, pero me negara a hacerlo.

— ¿Y puedes hacerlo? — insistí.

— No, no puedo. En primer lugar, tiene una afección muy grave en los riñones. Hay que extraerle uno de sus riñones y, aun así, nadie puede saber si el otro quedaría en estado de hacerse cargo del trabajo de ambos.

— Pero hay una posibilidad. Acabas de decirlo.

— Nada de eso, no trates de proyectar tus pensamientos en mis palabras, por favor. ¿Cómo van a pagar sus padres por la operación, cuando ni siquiera tienen dinero para pagar cuando me consultan? Tú me pagas cincuenta pesos; si ellos me pagan un peso, es mucho, y una operación puede costar dos mil pesos, eso sin tomar en cuenta el precio del viaje a la Ciudad de México, ni de la permanencia allá, ni de todas las cosas extra: el hospital y la anestesia y los medicamentos y Dios sabe cuántas cosas más. Todo esto, en caso de que consintieran en someterla a una operación muy peligrosa.

— ¿Cómo es posible que no consientan hacer algo que pueda salvar la vida de su hija? Es claro que la quieren mucho. El padre me dijo que es su única hija.

— No es tan seguro. Todo lo que es seguro para la gente normal — dijo Serente amargamente — se des-

figura al contárselo a un gringo. Por favor, no creas que estoy insultándote y que sólo siento ira contra mí mismo y contra el mundo en que vivo. Me caes bien y te admiro, pero compartes las peores características de tus compatriotas y una de las más notables es investir a todo el mundo con sus propios procesos mentales. Durante cincuenta años, tus compatriotas han sido educados para que piensen que las operaciones son benéficas, aunque no sean necesarias. Pero para la gente sencilla y pobre que jamás ha visto un hospital, una operación es algo terrible y atemorizador. Y si el paciente muere a pesar de la operación ellos quedan convencidos de que ha sido un asesinato. En todo caso, no es posible. No hay dinero.

—Yo podría financiar ...

—¿Tú? En nombre de Dios, ¿podrías financiar las operaciones que urge hacerles a más de cien de mis pacientes que lo necesitan con tanto apremio como ella? ¿Quieres declararte Dios para decidir quién va a vivir o quién perecerá? O quizá esto se transforme en un juego nuevo para los norteamericanos, una lotería muy divertida para ver quién merece vivir.

—Realmente, Serente, me parece que no tienes derecho a hablar así.

—No, supongo que no. Lo siento. Pero, ¿crees que no tengo sentimientos? ¿Acaso no vi a la madre y al padre y a la chica? ¿Por qué te elegí para esta escena? No lo sé. Es asunto cotidiano para mí, día tras día, todos

los días, como para todo médico mexicano. ¿Pero para qué torturarte, no tienes ya suficientes torturas?

—No me estás torturando. Comprendo perfectamente.

—¿Cómo puedes comprender? Yo he estado aquí quince años y todavía no comprendo, y todavía suelo hacer lo que no debo, simplemente porque jamás he sido un labriego que en toda su vida no supo qué es no tener hambre, no tener frío, no estar enfermo. Ayer en la mañana vino a verme un peón con su mujer, su hijo y su hija. Ambos hijos habían tenido diarrea sanguinolenta desde hacía un mes. Pero hay que pensar la terrible decisión que fue para los padres cerrar la casa y emprender el viaje de cincuenta kilómetros hasta la ciudad aterradora. Finalmente, llegan. Me cuentan sus males, examino a los hijos porque para hacer cualquier cosa por ellos es necesario saber de qué organismos se trata. Y así, le entrego al padre dos cajas de cartón, una con el nombre de la hija, otra con el nombre del hijo, y le digo que los haga defecar en las cajas y que entonces me traiga las cajas. Me miró como un animal herido, hecho que después de quince años todavía no entiendo. Siempre estoy demasiado ocupado. Tengo demasiados pacientes y he agotado mi sensibilidad. Por supuesto que el padre no volverá jamás con la cajas. ¿Por qué? Porque para él yo soy como Dios y cuando le digo que me traiga las muestras de excremento le pare-

ce que le estoy haciendo una broma espantosa o que lo estoy insultando, es sólo honor. ¿Sabe él que hay organismos que causan enfermedades? ¿Ha visto en su vida un microscopio? De manera que es probable que ahora el chico y la chica mueran, es culpa mía porque olvidé los terrores y los sufrimientos de la gente pobre. Bueno, basta. Ven a cenar con nosotros y, como tu anfitrión, hablaré con cortesía.

—Habla como quieras —repuse. Estaré en tu casa.

AL REGRESAR DESDE el consultorio de Serente a mi casa, recordé que debía pasar a la carpintería. Hacía mucho tiempo que mi esposa soñaba con hacer uso de estos meses de vacaciones para dedicarse a la escultura, y unos días atrás había pasado por un pequeño taller de carpintería para pedir que le hicieran una armazón. Necesitaba algo muy simple, un bloque de madera con una vara vertical en torno a la cual se pudiera moldear la arcilla. El carpintero comprendió inmediatamente y me dijo que lo tendría listo dentro de uno o dos días.

Cuando entré al taller, la armazón estaba lista. La carpintería me devolvió a mi estado de ánimo anterior, porque era un lugar que tocaba los más íntimos recuerdos del hombre que trabaja con herramientas, taladros tan primitivos como los que se ven pintados en las tumbas egipcias, cepillos y sierras

fabricados a mano, la azuela idéntica a la azuela española traída por los conquistadores hacía cuatro siglos, y hasta los clavos eran de esos con cuatro lados porque estaban hechos a martillazos.

Adormecida detrás de su blanca fachada, la carpintería yacía bajo el sol como el cuadro de una época muy remota; los dos carpinteros, con sus delantales de cuero, sus manos endurecidas por el trabajo y sus finos rostros oscuros, pertenecían también al cuadro y, sin embargo, poseían esa cualidad particular y peculiar que entre todos los artesanos el carpintero posee más que ninguno: una relación singular con sus herramientas y con la madera y con las personas, una suavidad de expresión, cierta contemplación de la vida, una rara unión benigna con el mundo que lo rodea y con su gente. Esto no es imaginación mía, he trabajado con carpinteros y los he visto en muchos lugares y múltiples situaciones, en Europa y en Asia, en Maine, Vermont y California, trabajando en mi casa o como prisioneros trabajando en la cárcel y siempre los acompaña esa cualidad.

—Aquí está su armazón, señor —me dijo el más viejo de los carpinteros, entregándomela.

Una maravilla de bella artesanía que me cortó la respiración de asombro. La base de caoba pulida y la madera vertical unida a la base, el objeto entero con terminaciones dignas de un mueble precioso.

—Cuesta cuatro pesos —que en dólares son treinta y dos centavos.

Al ver mi rostro, me preguntó si era mucho dinero. Respondí que no, que era muy poco dinero por su magnífico trabajo y por la madera preciosa que había empleado. No, le dije, mi asombro se debe al hecho de que hubiera trabajado tanto para hacerlo con tanta belleza.

— ¿Y por qué había de ser bello, señor?

La pregunta no tenía respuesta, porque el significado de la belleza para este hombre se apoya en mil años de experiencia y cultura de las que yo sabía demasiado poco y comprendía menos aún. Recordaba el río infinito de labriegos y artesanos que en México emprenden largos viajes para contemplar las pinturas que adornan los muros incomparables de sus edificios antiguos. Tomé la armazón, le pagué y me fui a casa...

Al día siguiente vi al sacerdote. Sucedió accidentalmente cuando entré en la catedral con mi mujer y mis niños con el único propósito de ver el interior de esa enorme construcción, pero la destemplada tristeza del lugar pronto hizo que los niños volvieran a salir al sol y mi mujer los siguió, dejándome solo mientras contemplaba las imágenes cargadas de joyas, los antiguos murales, los candelabros de oro y de plata, las sedas, las tapicerías y las alhajas, todo reunido en la húmeda penumbra, separado por murallas oscuras del brillante sol mexicano y de esa pobreza de los paisanos que rompe el corazón. Debí haber estado sumido en mi meditación cuando el sa-

cerdote me dirigió la palabra, porque como no me di cuenta que se me había acercado, sus palabras me sobresaltaron:

— ¿Le gusta nuestra catedral, señor?

— No he pensado si me gusta o no, pero me impresiona.

— El señor no es católico — palabras dichas más como una afirmación que como pregunta.

Su inglés era excelente, y se lo dije.

— Sí, estudié inglés en España.

Era obviamente mexicano, un hombre grueso y pesado de unos cincuenta años, con ese aspecto sano y redondo que muchos sacerdotes suelen tener.

— Estuve en España entre 1935 y 1940, una época en que el gobierno mexicano no estaba muy de acuerdo con nuestra Madre Iglesia. Entonces era mejor estar en España.

Pero nada dijo de lo que ocurrió en España durante esos años y me pregunté por qué. Le relaté brevemente la historia del hombre que cabalgaba en el burro y que se parecía a Jesucristo, de su hija y de su enfermedad:

— ¿No puede usted ayudarlos?

— ¿Y por qué se lo pide a un sacerdote?

— Creo que porque no hay más a quién acudir.

— Pero ese hombre es mexicano y acudirá a Dios.

— Quizás, pero eso no curará a su hija.

— ¿Está seguro, señor? Si es la voluntad de Dios, su hija vivirá, y si la voluntad de Dios es que

muera, morirá. Esas cosas están ordenadas y ni usted ni yo podemos decidirlo.

— ¿Pero, no es un poco anticuada esa actitud? — pregunté con cuidado, sopesando cada palabra antes de pronunciarla. Existe la ciencia de la medicina y hay hospitales y cirujanos y antibióticos. Seguramente usted no podrá negar que estas cosas sirven para sanar a las personas.

— Estamos hablando en una forma en que no podemos entendernos, señor — sonrió el sacerdote. ¿Cree usted en Dios?

— ¿No le parece que ésa es una pregunta un poco personal?

— ¿Habla usted de una manera menos personal, señor? Usted ve a un hombre que se asemeja al Salvador. ¿Se le ocurrirá eso a un cristiano? Usted no pensó eso dos veces antes de expresar ese pensamiento ante mí, aunque sea una blasfemia. Y, entonces, cuando le pregunto si usted cree en Dios, usted siente que le estoy haciendo una pregunta demasiado personal. No, no es antibiótico lo que necesitan los mexicanos. Es fe.

— En otras palabras — dije sin tratar ya de ocultar mi desagrado —, usted no se conmueve con esta historia y no tiene intención de hacer nada para remediarlo.

— Al contrario, estoy muy conmovido. Además, creo que haré más que usted para remediarlo.

— ¿Puedo preguntarle qué hará?

— Rezaré — dijo el sacerdote.

LA CENA EN CASA DEL DOCTOR SERENTE era siempre digna de recordarse. No sólo porque su esposa española era una anfitriona encantadora y delicada, ni porque la gente con que uno siempre se encontraba en su casa fuera interesante y a veces muy divertida, sino también porque la comida era excelente, y cuando la comida mexicana es buena, es mejor que cualquier comida de este hemisferio.

La casa de Serente era antigua, construida en el viejo estilo mexicano. Las habitaciones estaban dispuestas en una sola fila que presentaba a la calle un frente liso y sin carácter con escasas ventanas con barrotes y la entrada era un zaguán abovedado. Pero una vez adentro, en el cuadrángulo que contenía la casa y el jardín, se abría ante los ojos un verdadero paraíso. Todas las habitaciones daban al largo corredor donde los Serente vivían, comían y recibían a sus invitados, mirando el bellissimo jardín. Como la mayor parte de los jardines mexicanos, no era muy grande y su belleza se debía más que nada a la intensidad de su verde tropical, a la variedad de árboles y arbustos y a la calidad del pasto, sorprendentemente parecida a la del terciopelo. Al atardecer, como ahora, se transformaba en un sitio completamente encantado, relacionado con nuestro mundo sólo por las

risas de los hijos del doctor (que tienen alrededor de diez años), mientras jugaban con sus amigos.

Cuando mi mujer y yo llegamos, ya estaba allí el jefe de sindicatos de la Ciudad de México, un hombre de cerca de treinta años, pesado, ancho de hombros, con un vasto y amable rostro de indio. Unos cuantos minutos más tarde llegaron el desterrado y su mujer, una mujer delgada y con aspecto de hastío, con magníficos ojos oscuros y un aire de increíble soledad; completaba el grupo un chileno, miembro del Senado y representante de la clase trabajadora chilena ante el Congreso de Sindicatos de la Ciudad de México. Después de las presentaciones, nos sentamos en el corredor sin ninguna formalidad, bebimos los sabrosos tragos que el doctor sirvió y platicamos, la mitad de la conversación en español, la mitad en inglés, fluyendo de un idioma a otro, suavizando la tiesura del inglés con las modulaciones melodiosas del español. El chileno había estado en España durante la Guerra Civil y él y la mujer de Serente — a quien había conocido entonces como enfermera — hicieron recuerdos, la mayor parte atormentados por el tiempo, por la derrota y por la resignación. El jefe sindical mexicano, que se llamaba Diego Gómez, era demasiado joven para recordar aquella época y Serente, para quien hablar de España era siempre un dolor, cambió el tema contando el cuento de cómo yo había visto a Cristo cabalgando por la calle Dwight

W. Morrow. Lo contó en tono de broma, observando mi reacción, y el desterrado señaló que “Cristo en la calle Dwight W. Morrow” sería un título encantador para un cuento. ¿Podría haber algo más incongruente en todo el mundo?

—Sólo “Calle Dwight W. Morrow” —dijo la señora Serente. Cada vez que lo escucho lo encuentro increíble.

—Cristo en Cuernavaca —dijo Gómez en español. Ése es el mejor título. Sólo que tengo mis dudas. De todos los sitios del mundo creo que Cuernavaca será el último al cual vendrá, si es que regresa.

—¿Por qué?

—¿No es claro? —preguntó Gómez. Aquí en México el dolor es doble. Mis compatriotas, que son muy afectos a las frases punzantes, explican todo lo que les aflige diciendo que México está demasiado lejos de Dios y demasiado cerca de Estados Unidos. Ustedes han poblado nuestras cantinas con sus espléndidos alcohólicos, nuestros salones de baile con sus homosexuales y nuestras hermosas plazas con flacas, hambrientas y asexuadas mujeres. Han construido grandes mansiones en nuestros cerros y nos enceguecen con su opulencia. La prima de mi cuñada, una mujer muy sencilla, es trabajadora doméstica en casa de Thompson, aquél que fuera embajador de Argentina. Ella recibe ciento cincuenta pesos al mes y trabaja siete días de la semana. La semana pasada un

texano dueño de pozos petroleros visitó a los Thompson. Cuando estaba borracho comenzó a cortejar a la señora y fanfarroneando encendió un cigarro con un billete de veinte dólares. Cuatro veces hizo esto — mil pesos — y sólo hace un año, a esta mujer, la sirvienta, se le murió su hijo porque 250 miligramos de terramicina costaban dos pesos.

— Ya lo sé — interrumpió mi esposa. Eso sucede. Pero no todos somos así. No hay que juzgar a ciento sesenta millones de personas por la conducta de Thompson.

— ¿Quién soy para juzgar? — dijo Gómez sonriendo. Estamos hablando de Cristo en Cuernavaca.

— Lo que pasa es que los mexicanos son siempre el centro del mundo — dijo el chileno con gran suavidad—. ¡Ah, qué pueblo!

— Y con razón — dijo Gómez.

— Cualquier razón mexicana es buena razón. Su ego quisiera incluir el monopolio de todos los sufrimientos del mundo, el monopolio de todas las aflicciones, incluido Estados Unidos.

— Usted es demasiado bueno con nosotros.

— Lo malo es — dijo el desterrado —, que ningún norteamericano no puede ni siquiera remotamente comprender a México.

— Con excepción de ti mismo — interrumpió Serente.

— Posiblemente; pienso que comprendo a México, por lo menos en parte.

—Yo no lo comprendo —dijo el chileno cómodamente. Jamás lo comprenderé . Yo he desistido de tratar de comprenderlo. Sólo he estado aquí tres semanas, pero he decidido que es mejor amar a México que tratar de comprenderlo.

—Somos fáciles de entender —dijo Gómez lentamente. Somos gente muy sencilla y muy pobre y nuestras espaldas están encorvadas porque sobre ellas siempre ha habido un español o un norteamericano. ¿Por qué le parece tan difícil entender una cosa así? ¿Por qué todo el mundo lo complica tanto?

—¿Y cuando ya no tengan las espaldas encorvadas?

—Entonces conocerán México —dijo Gómez moviendo la cabeza. Todo México será como este jardín.

—Pero nos hemos olvidado de la niñita —dijo mi esposa. ¿Qué le sucederá?

—Morirá —dijo Gómez sin vacilar.

—¿Y tenemos que aceptarlo?

—Jamás he comprendido bien —observó Serente—, por qué la gente viene a México de vacaciones. Para ver nuestras catedrales —dijo Gómez.

Yo dije que había visto una de ellas ese mismo día, y conté mi cuento con el sacerdote.

—¿En tu español? —dijo Serente con tono despectivo.

—Él habla inglés perfectamente. Lo aprendió en España durante la Guerra Civil.

— ¿Qué hacía en España?

— En esa época México no era muy cómodo para él, así que se fue a España. No le pregunté qué hizo allá, pero es fácil adivinarlo.

— ¿Escuchó tu historia con atención?

— Con mucha atención.

— ¿Y qué dijo?

— Dijo que la vida y la muerte dependían de Dios y que le parecía mal mi intervención.

El desterrado sonrió amargamente y dijo, con la lógica de *non sequitur*:

— Cuando estuve en la India, hace muchos años, cuando la India era todavía una colonia británica, pasé una hora con el organizador distrital del Partido Comunista del estado de Bengala y le pedí que me contara su programa. Me señaló que aunque el programa era largo y complicado, podía condensarlo en una sola frase. Todo lo que tenemos que hacer, me explicó, es enseñarle a nuestra gente que con que todos ellos escupan al mismo tiempo una sola vez, se producirá una ola tan grande que arrastrará al mar a todos los ingleses.

— ¡Que escupan una sola vez! — dijo Gómez aprobando. Un acto muy sencillo pero que tarda muchos siglos en perfeccionarse.

— No me gusta su sonrisa — dijo la mujer de Serente. Es un poco desagradable.

— Pero muy franca. ¿No le parece que a veces confundimos una cosa con la otra?

Entonces el chileno me preguntó:

—¿Qué le hizo pensar que el rostro de ese hombre se parecía al de Cristo? ¿Cómo podía saberlo?

Usó un modismo español que me confundió y Serente tuvo que traducir la pregunta.

—Bueno, existe un rostro. Es el rostro que se repite en casi todos los cuadros y las esculturas.

—Lo dudo —dijo el chileno. Se especula tanto acerca de si Cristo realmente existió. Rembrandt pintó rostros judíos, si es que existe tal cosa. Cuando los españoles llegaron a nuestra tierra el Cristo que trajeron tenía rostro de español, pero poco a poco nuestros escultores y pintores hicieron con él una cara chilena, el rostro paciente y cansado del minero chileno, o del labriego chileno. No comprendo por qué usted sintió que ése era el rostro y la figura de Cristo.

—Yo tampoco —dijo Serente. El hombre es paciente mío y jamás se me ocurrió.

Su esposa dijo:

—A los escritores se les ocurren cosas que a ti jamás se te ocurrirían. Por eso son escritores. Pero ya es hora de cenar. Es una cena típica, pero se estropeará si la hacemos esperar mucho rato.

Era una cena muy buena, una maravillosa cena, con tortillas calientes, mole —esa antigua e increíble salsa con chocolate que los aztecas perfeccionaron hace mil años—, frijoles, buen arroz mexicano con pollo y camarones, y adobo con ce-

bollas y ajos, tomates y pepinos frescos, y cerveza mexicana helada, que es tan buena como la mejor cerveza del mundo.

Durante la cena se habló de otras cosas — para el descanso de mi mujer y mío —, se habló del arte mexicano, de Chile, de la diferencia entre las danzas españolas y las danzas mexicanas, de por qué tantos españoles eran dueños de almacenes de comestibles en México y de cómo la supercarretera que unía a la Ciudad de México con Cuernavaca fue construida por peones que recibían un salario de seis pesos diarios. El desterrado habló de la Ciudad Universitaria y de los maravillosos mosaicos de Diego Rivera y el chileno preguntó si era cierto que debido a que la nueva Universidad fue construida tan lejos de la ciudad los estudiantes no podían pagar el pasaje en los autobuses para llegar a ella; Gómez admitió que era cierto, asegurando que México tenía la mejor Universidad y los estudiantes más pobres del mundo. Entonces se habló de Guatemala, traicionada y violada hacía tan poco tiempo y de cómo, en lugar del grito de angustia y de odio que México debía haber dado, sólo vertió unas cuantas lágrimas. Pero Serente dijo que eran más lágrimas que las que había podido haber esperado, recordando que en su oficina una mujer india lloró sin consuelo por lo que le habían hecho al hermoso país del sur; y su mujer nos contó de la bandera guatemalteca que Rivera había pintado en

las puertas de su casa, orgullosa, desafiante y patética, para que fuera vista por el mundo.

Así pasó la noche, una buena noche, con gente amable reunida en torno a la comida apetitosa y en amena charla. La España republicana tuvo su momento, también la República de Guatemala y otros levantaron del polvo los estandartes derribados, manteniéndolos en alto, y así entremezclaron las esperanzas y los deseos. Ninguna persona se refugió en las palabras y la especulación; todos ellos habían expuesto sus cuerpos y sus almas por lo que creían, y conocían bien las ganancias y las pérdidas ofrecidas por la vida que llevan. Finalmente todo concluyó y cuando la luna estuvo alta en el cielo después que la breve lluvia de la tarde lo había lavado y lo había dejado limpio y puro, fue hora de retirarse y comenzamos a despedirnos. El doctor Serente ofreció llevarnos a casa en su auto, pero Gómez, que se alojaba en casa de un tío que vivía cerca de nuestro hotel, dijo que quería caminar porque la noche era muy hermosa y nosotros decidimos acompañarlo. Nada dijimos mientras regresábamos por las calles oscuras, porque cuando concluye una velada como ésta es difícil tomar hilos nuevos y, en realidad, nada más cómodo y reparador que el silencio. Como era el camino más corto y directo, tomamos la calle Dwight W. Morrow después de cruzar la plaza vacía y en la última cuadra, antes de llegar a Morelos, divisamos a un hombre parado bajo un faro.

Era un obrero de teléfonos que acababa de bajar del poste. La luz lo iluminaba, engrandeciéndolo mientras estaba parado allí con los pies aparte y las manos en la cintura, con un rollo de alambre sobre un hombro y un cable para trepar sobre el otro, con sus herramientas metidas en el cinturón de cuero y sus pies enfundados en pesadas botas para trepar. Parecía de roca, su cuerpo musculoso y su fino rostro tallado de indio parecían hechos de una sola pieza, su camisa de algodón abierta en el cuello, sus labios separados con la ligera sonrisa de reconocimiento que se prodigan las personas honradas cuando se encuentran a tan avanzada hora de la noche. Gómez lo saludó suavemente y con dignidad, él le devolvió el saludo con la misma tranquilidad. No fue necesario hacer ningún comentario. Nos despedimos de Gómez y nos fuimos a casa...

Unos dos días más tarde, mi mujer, que no estaba dispuesta a dejar el asunto tal como estaba, fue a ver a Serente y le rogó que aceptara nuestro dinero para llevar a cabo la operación que la chica necesitaba pero, como en mi caso, Serente logró vencerla que era imposible. Le señaló que ni siquiera sabía dónde era la casa de esa familia, no tenían su dirección, poseían unos cuantos metros de terreno, en alguna parte, en los cerros y, a no ser que regresaran a su consultorio, era imposible ponerse en contacto con ellos. Mejor que yo, fue capaz de señalarle

las dificultades arrolladoras en lo que a nosotros nos parecía un asunto muy sencillo. Subrayó el hecho de que carecía de pruebas de que la operación pudiera tener éxito.

—Ustedes ofrecen caridad —le dijo a mi mujer. Lo hacen porque son buenos y generosos. Pero creo que saben qué es la caridad. La caridad es como tener un mendrugo para cien personas hambrientas.

Para nosotros, la frustración fue como un azote propinado a nuestra compasión y a nuestro sentimentalismo. En México, donde se pueden comprar doce pesos y medio con un dólar, las ilusiones de grandeza se apoderan aun del turista americano más pobre, hasta el momento en que se mira a sí mismo. Es cierto que muchos jamás se miran a sí mismos, pero algunos lo hacen, y para esos hay por lo menos una chispa de perspicacia que les permite verse como otros lo ven...

Pasaron cerca de diez días antes de que volviéramos a ver a Serente. Su clientela era bastante dispareja. Si de pronto en los cerros se declaraba una repentina epidemia de disentería o de cualquier enfermedad, los pacientes inundaban su consultorio. A los pobres mexicanos, que tienen muy buena memoria, no les gustan los españoles, pero también sabían que jamás despedía a un enfermo, mientras que muchos otros doctores se negaban a examinar a un paciente a no ser que mostrara los pesos en la palma

de la mano. Por eso la clientela del doctor Serente, raramente disminuía. Un día, el doctor apareció en nuestro departamento cuando eran cerca de las dos de la tarde, con aspecto fatigado por la presión del trabajo, y me dijo:

—O huyo por unas cuantas horas o me vuelvo loco. ¿Tienes algo que hacer esta tarde?

—Como todas las tardes, trabajo muy duro en mi tarea de descansar.

—¡Qué lástima que no pueda ser turista!

—Careces de la personalidad necesaria para serlo. ¿Dónde quieres ir?

—A un lugar extraño y maravilloso llamado Xocalco, una antiquísima ciudad construida en la cima de una montaña. Está a unos de treinta kilómetros de aquí y a ambos nos hará bien pasar allá una hora. Es un sitio muy apacible. ¿Te dará permiso tu esposa para que me acompañes?

—Creo que sí. Pero estoy enfermo, de manera que dudo si haré bien en escalar montañas.

—Podemos subir ésta, en gran parte, en mi auto. Te hará bien. Oye mi palabra de médico.

Mi esposa fue de la misma opinión y en pocos minutos estuve junto a Serente, corriendo en su auto por los verdes y brillantes arrozales. Comenzamos a remontar el gran muro de montañas que yace al suroeste de Cuernavaca. De pronto abandonamos la carretera principal doblando por un camino que

atravesaba un valle hermoso pero, extrañamente deshabitado. Aquí faltaban las chozas de palma y los pequeños potreros de los labriegos y tampoco se divisaba, contra el horizonte, ningún burro comiendo pasto ni buey arrastrando el arado de madera. Seguimos en el auto hasta que Serente me señaló una enorme masa púrpura.

— Ahí está — dijo, y comenté que me parecía demasiado alta y que dudaba que un auto pudiera subir.

— Quizá, pero los antiguos mexicanos construyeron una carretera de piedra hasta el pueblo, y queda mucho de esa carretera rellena con tierra. Eran magníficos artífices de la piedra, una gran raza, sus obras dejan enanas a las antigüedades que nosotros los europeos tanto admiramos. Los mexicanos son muy orgullosos, lo son porque no olvidan los tiempos prehispánicos.

— Otros los han olvidado.

— Sí, es cierto.

Serente era un chofer magnífico. Abandonamos el camino, doblando por lo que a primera vista no parecía más que una huella de animales, pero después de cruzar varios potreros se transformó en un camino de tierra bastante bueno. Remontó el costado de la montaña, con antiguas piedras talladas que protegían el camino del abismo, sirviendo a la vez de pavimento, seguía y seguía en curvas y circunvoluciones sin fin, al encaramarse, los cerros que

nos rodeaban parecieron retroceder y la amplia vista del valle se extendió bajo nuestros ojos. Finalmente llegamos a un sitio donde el auto ya no podía seguir y Serente lo estacionó en un pequeño claro. Desde allí caminamos los ciento cuarenta metros que nos faltaban para llegar a la cima.

Por la descripción de Serente yo me había imaginado un espectáculo extraordinario, pero eso se debía a que mi concepto estaba formado por otras ruinas que había visto cerca de la Ciudad de México y hacia el sur. Esas ruinas tenían muchos años de trabajo arqueológico y este sitio casi no había sido tocado — no habían excavado más que una sola pirámide — y sin embargo, en su vastedad, en el inmenso propósito del concepto animador, en la inmensidad de sus ruinas, dejaba chico a cuanto había visto. Me quedé sin aliento, lleno de admiración y mudo, anonadado por la inmensidad del tiempo.

Habíamos llegado a una larga y ondeada meseta donde, en un radio de dos kilómetros y medio, se extendía una enorme ciudad de piedra muerta, muerta y entera, vestida de vegetación, que dejaba ver algo de piedra, un borde, un muro, un umbral; bajo el manto verde se adivinaban las formas que quedaban, los inmensos edificios, las elevadas pirámides, los patios hundidos, las columnas gigantes de las que estaban sólo las bases, jardines formales por los cuales habían vagado personas vestidas de ale-

gres colores y fuentes que en otros tiempos robaron al ardiente sol mexicano sus matices más encendidos. Caminamos por su soledad vacía como intrusos en el tiempo y examinamos la única pirámide desenterrada. Era extraña, diferente a las pirámides que antes había visto, pero de factura hermosa y precisa. Le pregunté a Serente por la gente que una vez vivió en esta ciudad.

—No lo sabemos todavía —me respondió. Pero llámense como se llamen sabemos que eran de la misma raza que los campesinos que hoy viven en los alrededores. La gente que se apega a la tierra nunca cambia, soporta todo y sobrevive a todo.

Yo me pregunté si en realidad era así. Serente me dijo que se estimaba que diez mil personas habitaban la ciudad de la cima de esta montaña en otra época. ¿Y cuántos miles más vivirían en el valle que ahora está vacío y silencioso, para suministrar alimentos a estos pocos? Le pregunté a Serente.

—No está vacío. Todavía lo habitan unas cuantas familias. Son los que la agonía dejó. Yo mismo presencié la agonía en España y tomé parte en ella, pero la agonía de México fue otra cosa. Lo que ha pasado en la tierra sagrada de México es horrible, la han violado y desangrado y traicionado múltiples veces. La Iglesia y Estados Unidos de Norteamérica le enseñaron duras lecciones y todavía le enseñan y sus ricos chupan las venas hasta dejarlas casi secas,

así ha sucedido durante cuatrocientos años. ¿Qué otro pueblo hubiera podido soportar eso, permaneciendo sin embargo, fuerte, orgulloso y valiente? Quizás en un tiempo vivieron en el valle de abajo cien mil personas y un día volverán a vivir otras cien mil. Ahora sólo queda un puñado. Pero no se han ido. No, no se han ido. Sus niños trabajarán la tierra y la tierra florecerá.

Bajamos la pendiente de la meseta hacia un campo de juego de pelota y observamos las galerías donde los duques y los caballeros de la vieja civilización india habían tomado sus lugares. Nuestros pensamientos vistieron el vasto panorama con animados colores y dioses brillantes, con banderas al viento y con el brillo del oro. Un niño indio vino a juntarse con nosotros, seguido de su manada de cabras que rumiaba entre las ruinas.

—Si los señores lo desean —dijo él—, les mostraré dónde vivían los sacerdotes.

Cuando le dijimos que sí, le dimos un peso y su hermoso rostro oscuro se iluminó un momento con una sonrisa de agradecimiento. Él y sus cabras nos guiaron cerro abajo por un sendero zigzagueante, hasta un ancho borde de la meseta donde las excavaciones descubrían una larga fila de casas que no se veían desde arriba.

—¿Quién dijo que éstas eran las casas de los sacerdotes? —pregunto Serente y el muchacho respondió:

— Cuando el encargado de las ruinas viene de la Ciudad de México me da cuidadosas instrucciones. Me cuenta que personas de mi raza construyeron estas casas y que debo recordar todo lo que pueda, porque algún día deberemos reconstruirlas. Cuando yo sea grande iré a la Universidad para estudiar estas cosas y ser arqueólogo. Vean — reflexionó sobre ello, miren esa ladera que hay allá — señaló una loma hacia el final de la meseta. ¿Ven ese espacio llano entre los árboles, como si una tempestad los hubiera arrasado en ese sitio? Bueno, yo he descubierto que allí no crecen árboles porque debajo del pasto hay una carretera de piedra, y ni siquiera el encargado lo sabía hasta que yo se lo indiqué. La próxima semana hará lo que llamamos un pozo de exploración. ¿Saben lo que es un pozo de exploración?

Dije que sí y lo seguimos a otros sitios escuchando su charla y su misteriosa sabiduría infantil. Cuando nos despedimos de él, nos hizo una venia formal con esa gracia cortesana que poseen tantos mexicanos sin que nadie se los haya enseñado y, como un anfitrión, nos invitó a que volviéramos y que trajéramos a nuestros amigos.

— Porque la gente no sabe lo hay en esta montaña. Ustedes tienen que contarles.

Volvimos al auto en silencio y en silencio descendimos la montaña hasta el camino que yace a sus pies. Sólo cuando estuvimos lejos le pregunté a Serente:

— ¿Tienes noticias de la chica?

— Murió hace dos días — dijo Serente tranquilamente. Ayer fui a la iglesia donde velaban su cadáver. — Después supe que él había dado dinero para el funeral, pero nada me dijo. Era una chica hermosísima — continuó Serente. Hubiera querido llorar. Me temo que, como los norteamericanos, me estoy poniendo sentimental y, fuera de algunas excepciones, odio a los norteamericanos como odio el sentimentalismo. Amigo mío, eres una de las excepciones y estoy seguro que has aprendido a perdonarme las cosas que digo. En todo caso, quizá te consuele un poco mi opinión como médico: era imposible salvarla.

— No me consuela y además, creo que me estás mintiendo.

— Quizá esté mintiendo. ¿Cuál es la diferencia? Todos los niños son hermosos, en México y Norteamérica. Aquí mueren de disentería, ustedes destruyen la niñez de otras manera, y ahora que tienen ese maravilloso juguete, la bomba de hidrógeno, podrán esparcir la muerte entre los niños chinos mucho más económicamente y con más eficacia que entre los mexicanos, donde usan instrumentos tan pasados de moda como la opresión, la ignorancia y el monopolio de los antibióticos.

— He notado que hay varias compañías mexicanas que fabrican antibióticos y que mantienen los precios tan altos como los nuestros.

—Muy cierto y atinado —suspiró Serente. Se ha apoderado de mí un estado de ánimo extraño y es mejor que por ahora no abra más la boca. Además, quiero regresar a mi consultorio antes de que llueva.

Las nubes se estaban espesando cuando entramos a Cuernavaca. Serente me dejó en mi apartamento, me dio la mano con calor y me pidió perdón. Pero nadie podía enojarse con él, y por lo tanto, nadie jamás tuvo necesidad en perdonarlo. Subí y le conté a mi mujer los acontecimientos de la tarde. Los niños aún jugaban en el jardín y ella sugirió que saliéramos a la terraza para fumar un cigarrillo, después, todavía nos quedaría tiempo para bajar a un restaurante a tomar una copa antes de la cena. Esa terraza era un sitio que nos gustaba mucho a esa hora del día, porque durante la estación de lluvias era posible descubrir un espectáculo impresionante y conmovedor. Casi todos los días, alrededor de las cinco, el cielo comenzaba a llenarse de nubes y desde nuestra terraza veíamos claramente una enorme garganta en las montañas, por las que bajaba un río turbulento. A medida que la lluvia se acercaba, esta garganta se iba llenando con nubes de color púrpura y azul y las nubes parecían resbalar de la barranca, como el río. Todo el paisaje, entonces, tomaba un aspecto mágico, lleno de terror y de grandeza, atravesado por rayos de luz, como un cuadro de El Greco, pero mucho más real y lleno de color.

Al enterarme le conté a mi mujer lo que Serente me dijo de la chica, y ella bajó la cabeza en silencio, apesadumbrada. Entonces se desató la lluvia y bajamos al restaurante. El administrador del restaurante era un republicano, español, jefe de la organización de republicanos españoles en Cuernavaca, su amable bienvenida su sonrisa gentil y el ‘salud’ que nos dirigió, nos devolvió a la realidad. Lo invitamos a que se sentara con nosotros y brindamos por la vida, para disipar el espanto de ese carnicero llamado Franco y por el día en que Madrid sea la tumba del fascismo.

Pedimos whiskey y yo propuse un brindis. Mi esposa aceptó con la cabeza.

Entonces bebimos por México — por México, la madre que ofrece refugio a los oprimidos, a los perseguidos, a los hambrientos — no al pobre México desangrado, sino al México iracundo y altivo.

Regresamos al departamento y cuando nuestros niños vieron nuestras caras preguntaron qué pasaba. Los abrazamos, seguros de sostener la vida en nuestros brazos, asegurándoles que nada malo sucedía y que deseábamos que vivieran y que crecieran más y más fuertes, valientes y orgullosos.

Cerca de una semana después, caminando por la calle Guerrero, la calle angosta y atestada de gente que sirve de mercado a Cuernavaca, esa calle con nombre salvaje y desafiante, lo divisamos de nuevo, cabalgando en su burrito. “¡Ahí está!”, dijo

mi mujer, y como si respondiera a sus palabras, el hombre levantó la cabeza. ¡Oh, cómo había cambiado su rostro! Ya no tenía serenidad ni sosiego. Ya no veíamos a Cristo como se le ve en mil cuadros y estatuas; vimos a un peón mexicano, cuyo corazón se había colmado hasta desbordarse y se había roto con el peso del dolor.

NOTA AL LIBRO *INFANCIA EN NY*

Hace doce años terminé de escribir este libro. Al recordarlo ahora, me parece que fue ésta la más difícil labor literaria que haya intentado jamás, tanto física como mentalmente.

Trabajaba entonces doce a catorce horas diarias en una fábrica de los alrededores de Nueva York. Cumplía la máxima del autor que escribe pese a todo, en el cielo o en el infierno. Me levantaba al amanecer, bebía dos o tres tazas de café cargado y me las arreglaba para escribir una página o dos por día. No era un método muy agradable ni lo considero especialmente útil para la labor creadora. En aquel tiempo mi salario —se recordará que eran tiempos muy malos— alcanzaba los once dólares semanales y mi salud dejaba mucho que desear. Siempre esta-

ba cansado; soñaba constantemente con otras dos o tres horas para dormir, de las que debía privarme, sin embargo, o dejar de escribir. Al terminar, cuando concluí por fin la última página del libro que había surgido de lo más íntimo de mi ser, comprendí que no se parecía a nada de lo que había leído hasta entonces y que probablemente quedaría para siempre en el cajón de un escritorio. En los dos años siguientes prácticamente no escribí nada más.

Al principio, yo mismo rechacé el manuscrito. Lo dejé a un lado durante tres meses, sin tocarlo. Luego leí en los diarios que Whit Burnett, editor de la revista *Story*, estaba interesado en novelas cortas, y dejé el original en su oficina. Una semana después mi obra era considerada una revelación y me invitaron a las oficinas de la revista para decirme que poseía un maravilloso talento y para hacerme participar en la sensación general. Era uno de sus hallazgos —como me lo explicaron detalladamente—, una de las razones que justificaban la existencia de la pequeña revista. Por supuesto, el cuento era demasiado largo para tal publicación, tenía 45 mil palabras y no pensaban cortarlo, de manera que debían investigar la posibilidad de utilizar una tipografía especial para poder abarcar en cada página casi el doble de texto que lo usual. El gasto que implicaba aquello era demasiado para una revista como *Story* y por lo tanto no podían pagarme mucho.

— ¿Cuánto? — pregunté.

— Cincuenta dólares — fue la respuesta.

Lo pensé. Era poco más de un décimo de centavo por palabra. ¡Notable compensación para la labor literaria! Calculé las horas invertidas durante el año anterior. Eran mil, por lo menos, y llegué al magnífico salario de cinco centavos por hora. Calculé el valor de torturarse y romperse la cabeza pensando que el arte literario era el más elevado y valioso que cultivaba el hombre. Entonces tomé una resolución: no escribiría más; cavaría zanjas, manejaría una máquina o sería carretonero, pero no volvería a escribir.

Pues bien, cambié de idea y conseguí que me pagasen cien dólares. Pero no volví a escribir para pequeñas revistas. No culpo a Whit Burnett de aquello; mantenía una lucha incesante para sostener el único vocero que tenían entonces los escritores sinceros, realizando un considerable aporte a la literatura del treinta. Comprendí mucho mejor a la sociedad que puede ofrecer al artista sólo la pobreza, la desesperanza y un ocasional derrumbe... la sociedad que lo conduce a la prostitución tanto como a las pobres mujeres que recorren las calles. Recuerdo haberlo discutido años después con Stuart Rose, entonces editor del *The Ladies' Home Journal*. Ya no trabajaba más en la fábrica, porque Rose me compraba casi todos los cuentos que escribía, pagándome seiscientos dólares por cada uno. No eran buenos. No me sentía

orgullosos de esos relatos y menos lo estaría más adelante, pero representaban montañas de embutidos, bifés, de pan y manteca... Un día, mientras almorzaba con Rose en Filadelfia, me dijo:

— ¿Sabe? Jamás leí algo semejante a *Infancia en Nueva York*. Es un poema. Me conmovió profundamente.

Rose pensaba que yo volvería a escribir cuentos como aquél, y no podía comprender por qué no estaba de acuerdo con él.

El cuento fue publicado en el número de marzo de 1937 de *Story*. James J. Fee, funcionario de Lynn, Massachusetts, lo leyó y decidió que era “lo más inmundado que había visto”. Hizo secuestrar los dos ejemplares que generalmente llegaban a la localidad. Al día siguiente fue prohibido en Waterbury, Connecticut, y pronto llegaron seiscientos pedidos desde ese pueblo. La prohibición se difundió por Nueva Inglaterra, que tenía una sensibilidad especial en tales asuntos desde que Hawthorne fuera amenazado con la cárcel, azotes y el exilio porque escribió *La letra escarlata*. Era la primera vez en seis años que se impedía la circulación de *Story* y aquello originó una de las más grandes tiradas que haya conocido la revista.

Desde entonces por una u otra razón se demoró la publicación del libro. Durante los años de la guerra pensé que ninguna obra tenía importancia si no contribuía de una u otra manera a la lucha que

sosteníamos por nuestra existencia y apenas terminado el conflicto bélico siempre había otro libro que deseaba ver publicado primero.

Ahora, al fin, veo editado *Infancia en Nueva York*, en forma de libro. Está casi exactamente como lo escribí y sólo se han introducido mínimas modificaciones editoriales.

No debo presentar excusas por mi obra. Cuando la tomé, pocos meses antes de escribir estas líneas, la leí por primera vez después de diez años. Era como leer la obra de un extraño y pude hacerlo con una actitud que el autor casi nunca tiene hacia su trabajo: objetividad absoluta. Había olvidado hasta los diversos incidentes de la narración. Reaccioné como el lector, a veces con placer, otras desilusionado, pero siempre interesado y desconcertado de que pueda agitarse y conservarse tan pura e inocente sensación de horror. Hace doce años estaba bastante próximo a la niñez para recordar las costumbres, los incidentes y las emociones descritas. Hoy, al acercarme a los treinta y tantos, ha bajado el telón y no puedo retroceder. El mundo de los niños es de ellos y está vedado a los adultos. Si la historia que refiero tiene éxito se debe principalmente a que ha sido escrita desde el punto de vista de los niños.

Al escribirla expresé la amargura y el odio por lo que hace nuestra sociedad a los niños; no creo que la situación haya mejorado apreciablemente. El racis-

mo —y los “ismos” criminales menores que nutre— es la maldición y el cáncer de la América moderna; es la radiactividad que penetra en todas las capas de nuestra sociedad, y si no lo destruimos nos destruirá a nosotros.

No creo que hoy pudiera escribir sobre la persecución racial como lo hice entonces. Demasiado ha sucedido en el mundo desde 1934 y demasiado ha cambiado. En 1934 recién había transcurrido un año de hitlerismo, y creíamos aún a los que decían que Hitler no duraría ni mil días. Hoy, cincuenta millones de muertos atestiguan el infierno que puede producir el fascismo. El autor tiene hoy una responsabilidad que no puede ignorar y para escribir ahora sobre todo aquello yo debería examinar más a fondo la fuente que reflejan estos niños.

Finalmente, están los barrios bajos, el caldo de cultivo del germen. Doce años nos han dado más y peores barrios bajos. Si este relato hace algo para contribuir a reemplazar los tugurios por viviendas habitables, habrá resultado valioso el haberlo publicado.

LA HORMIGA GIGANTE

Ha habido toda clase de opiniones y conjeturas acerca del fin. Se dijo que más pronto o más tarde habría demasiada gente, o que nos mataríamos unos a otros (con la bomba atómica era muy probable). Toda clase de opiniones, pero nadie recordaba que somos lo que somos. Podemos encontrar un modo de alimentar a cualquier número de hombres, y quizá también de evitar que nos eliminemos mutuamente con la bomba; en eso somos gente experta, pero nunca hemos sido expertos en modificarnos a nosotros mismos, o en modificar nuestra conducta.

Lo sé. No soy un malvado ni un hombre cruel; todo lo contrario: soy un ser humano común, quiero a mi esposa y a mis hijos y me llevo bien con mis vecinos. Soy como otros muchos hombres, y hago las mismas cosas que ellos, y de la misma manera irreflexiva.

Soy también escritor, y les dije a Lieberman, el conservador del museo, y a Fitzgerald, el funcionario del gobierno, que me gustaría escribir la historia. Se encogieron de hombros.

– Escríbala – dijeron –, no cambiará nada.

– ¿No creen ustedes que alarmará a la gente?

– ¿Cómo puede alarmar a alguien si nadie lo creará?

– Podría incluir una o dos fotografías.

– ¡Oh, no! ¡Fotografías no!

– ¿Qué sentido tiene esto? Me permiten que escriba la historia, pero no que publique fotografías para que la gente me crea.

– Sería inútil. Dirían que usted ha falsificado las fotografías, y eso aumentaría la confusión. Y si hay alguna probabilidad de salir bien de ese asunto, la confusión no ayudaría.

– ¿Qué ayudaría?

NO PODRÍAN DECÍRMELO, porque no lo sabían. En consecuencia, he aquí lo que ocurrió, relatado de un modo directo y simple.

Todos los veranos, en el mes de agosto, cuatro buenos amigos míos y yo vamos a pescar durante una semana en la cadena de lagos de St. Regis, en las montañas Adirondacks. Alquilamos la misma cabaña todos los veranos, vamos de un lado a otro en canoas, y a veces pescamos unas pocas lobinas.

La pesca no es muy buena, pero jugamos a los naipes, cocinamos, y descansamos en general. El verano último yo tuve que hacer algunas cosas que no podía dejar de lado. Llegué con tres días de retraso y el tiempo era tan caluroso y apacible que decidí quedarme solo, un día o dos, después de haberse ido los otros. Había un pequeño prado delante de la cabaña y me propuse pasar tres o cuatro horas jugando al golf. Por eso yo tenía el palo de golf junto a mi cama.

El primer día que estuve solo abrí una lata de legumbres y otra de cerveza, cené, y me tendí en la cama con *La vida en el Misisipi*, un paquete de cigarrillos y una barra de chocolate de ocho onzas. No tenía nada que hacer, ni teléfono, ni obligaciones, ni diarios. Me sentía tan tranquilo como puede estarlo un hombre en estos tiempos de nerviosidad.

No había oscurecido aún, y yo leía con la luz que entraba por la ventana, sobre mi cabeza. Iba a tomar un nuevo cigarrillo cuando alcé la vista, y la vi al pie de la cama. El borde de mi mano tocaba el palo de golf y con un simple movimiento blandí el palo, le asesté un golpe violento y exacto, y la maté. A eso me refería anteriormente. Yo seré de éste o de aquél modo, peor reacciono como un hombre. Creo que cualquier hombre, negro, blanco, o amarillo, en China, en África o en Rusia, hubiese hecho lo mismo.

Me sentí completamente empapado en sudor al principio, y luego me di cuenta de que iba a vomitar.

tar. Salí de la cabaña, recordando que no me sucedía eso desde 1943, en mi viaje a Europa en la bodega de un barco Liberty. Pronto me sentí mejor y pude volver a entrar en la cabaña y mirarla. Estaba muerta, pero yo ya había decidido no dormir solo allí.

No podía tocarla con las manos desnudas. La recogí con un pedazo de papel de estraza, la eché en mi cesta de pesca, y puse la cesta en el guardabaúles del coche junto con el equipaje. Luego cerré la puerta de la cabaña, subí al coche y volví a Nueva York. Me detuve una vez en el camino, poco antes de llegar a Thruway, y dormité en el coche algo más de una hora. Casi amanecía cuando llegué a la ciudad, y me afeité, y me di un baño caliente, y me cambié la ropa antes que despertar a mi mujer.

Le expliqué durante el desayuno que no me las arreglaba solo, y como ella lo sabía, y los viajes de noche no eran en mí nada extraordinarios, no me abrumó con preguntas. Me serví dos huevos, un poco de café, y fumé un cigarrillo. Luego fui a mi estudio, encendí otro cigarrillo, y contemplé la cesta de pesca, que yo había puesto sobre el escritorio.

Mi mujer entró, vio la cesta, notó que tenía un olor demasiado fuerte, y me pidió que la llevara al sótano.

—Voy a vestirme —dijo—. Los muchachos están todavía en el campo. Tengo una cita con Ann para el almuerzo, pues no pensé que volverías hoy. ¿Me quedó?

—No, por favor. Aprovecharé para hacer algunas cosas.

Me senté y fumé algunos cigarrillos más, y al fin llamé al museo y pregunté quién era el encargado de los insectos. Me dijeron que se llamaba Bertram Lieberman y pedí que me permitieran hablar con él. Tenía una voz agradable. Le dije que me llamo Morgan y soy escritor, y él me indicó cortésmente que había visto mi nombre, y él me indicó cortésmente que había visto mi nombre, y había leído algo que yo había escrito. Lo que suele oírse cuando un escritor se presenta a una persona amable y educada.

Pregunté a Lieberman si podía verlo y contestó que le esperaba una mañana de mucho trabajo. ¿Podía ser al día siguiente?

—Me temo que tenga que ser ahora mismo —repliqué con firmeza.

—Oh. ¿Necesita alguna información?

—No. Tengo un ejemplar para usted.

—Oh.

Ese "Oh" era un intervalo culto y neutral. No preguntaba ni respondía. Había que interpretarlo.

—Sí, creo que le interesará.

—¿Un insecto? —preguntó suavemente.

—Así creo.

—Oh. ¿Grande?

—Muy grande.

—¿A las once en punto? ¿Puede venir a esa hora? En el primer piso entrando por la derecha.

— Iré.

— Una pregunta. ¿Está muerto?

— Sí, está muerto.

— Oh. Tendré el gusto de verlo a las once en punto, señor Morgan.

Mi mujer estaba ya vestida. Abrió la puerta del estudio y dijo firmemente:

— Llévate esa cesta de pesca. Huele mal.

— Sí, querida. Me la llevaré.

— Creía que necesitabas dormir un poco después de viajar toda la noche.

— Es gracioso, pero no tengo sueño. Creo que daré una vuelta por el museo.

Mi mujer me dijo que eso era lo que le gustaba de mí, que nunca me cansaba de lugares como los museos, los tribunales de policía y los clubes nocturnos de tercera clase.

De todos modos, aparte del hipódromo, un museo es el lugar más interesante e insólito del mundo. Era en verdad insólito que además del señor Lieberman me esperaran otros dos hombres. Lieberman era un hombre flaco, de facciones agudas, y unos sesenta años de edad. El funcionario del gobierno, Fitzgerald, era bajo, de ojos negros, y llevaba anteojos con armazón de oro. Se mostró muy vivaz, pero no me dijo a qué parte del gobierno representaba, se limitaba a decir “nosotros” refiriéndose al gobierno. Hopper, el tercer hombre,

bien vestido, regordete y afable, era un senador de los Estados Unidos que se interesaba por la entomología, aunque con anterioridad a aquella mañana yo hubiera jurado que un senador entomólogo era algo que no existía ni podía existir.

La habitación era grande y cuadrada, estaba amueblada con sencillez, y había estanterías y armarios en todas las paredes.

Nos estrechamos las manos y luego Lieberman me preguntó, señalando la cesta con la cabeza:

— ¿Es eso?

— Es eso.

— ¿Puedo verlo?

— Véalo. No es nada que quiera pasar de contrabando. Se lo regalo.

— Muchas gracias señor Morgan.

Lieberman abrió la cesta y miró adentro. Luego se irguió y los otros dos lo miraron inquisitivamente.

— Sí — dijo Lieberman.

El senador cerró los ojos un largo rato. Fitzgerald se quitó los anteojos y los limpió cuidadosamente. Lieberman extendió un mantel de plástico sobre el escritorio, y luego sacó la cosa de la cesta y la puso sobre el plástico. Los otros dos hombres no se movieron. Se quedaron sentados, mirando.

— ¿Qué opina usted, señor Morgan? — me preguntó Lieberman

— Creía que esto era sunto suyo — dije.

—Sí, por supuesto, pero quisiera tener su impresión.

—Una hormiga. Ésa es mi impresión. Es la primera vez que veo una hormiga de cuarenta, cincuenta centímetros de largo. Y espero que sea la última.

—Un deseo comprensible —asintió Lieberman.

Fitzgerald dijo entonces:

—¿Puedo preguntarle cómo la mató, señor Morgan?

—Con un palo. Un palo de golf, quiero decir. Fui a pescar con unos amigos en St. Regis, en los Adirondacks, y llevé el palo para practicar un poco. Los tiros cortos son la peor parte de mi juego. Yo me quedé solo en la cabaña, y se me ocurrió practicar cuatro o cinco horas. Pero...

—No es necesario que lo explique —interrumpió Hopper sonriendo, pero con una sombra de tristeza en el rostro—. Algunos de nuestros mejores jugadores de golf tienen la misma dificultad.

—Estaba acostado, leyendo, y la vi al pie de mi cama. Yo tenía el palo...

—Comprendo —me interrumpió Fitzgerald.

—Evita usted mirarla —dijo Hopper.

—Me revuelve el estómago.

—Sí, sí, claro.

Lieberman preguntó:

—¿Quiere explicarnos por qué la mató, señor Morgan?

— ¿Por qué?

— Sí, ¿por qué?

— No entiendo. ¿Qué quieren decirme?

— Siéntese, por favor, señor Morgan — dijo Hopper —. Trate de descansar. Esto ha sido muy penoso para usted.

— Todavía no he dormido. Y no sé qué pesadillas tendré realmente.

— No queremos inquietarlo, señor Morgan — declaró Lieberman—. Creemos, sin embargo, que ciertos aspectos de este asunto son muy importantes. Por eso le preguntó por qué la mató. Tuvo que tener usted algún motivo. ¿Se vio usted atacado?

— No.

— ¿Se sorprendió usted de un movimiento súbito?

— No. Estaba ahí, simplemente.

— Entonces, ¿por qué?

— La pregunta es inútil — intervino Fitzgerald —. Sabemos por qué la mató.

— ¿Lo saben?

— La respuesta es muy sencilla, señor Morgan. Usted la mató porque usted es un ser humano.

— Oh.

— Sí. ¿Comprende?

— No, no comprendo.

— Entonces, ¿por qué la mató? — preguntó Hopper.

— Estaba muy asustado. Y todavía lo estoy, para decir verdad.

— Es usted un hombre inteligente, señor Morgan — dijo Lieberman — . Permítame que le muestre algo.

Abrió las puertas de un armario adosado a la pared y me mostró ocho frascos de aldehído fórmico con ocho ejemplares como el mío, mutilados todos por un golpe violento y mortal. Yo me limité a mirar sin decir nada.

Lieberman cerró el armario y dijo, encogiéndose de hombros:

— Todas en cinco días.

— Una nueva raza de hormigas — murmuré tontamente.

— No. No son hormigas. Venga.

Me indicó que me acercara al escritorio y los otros dos se unieron a nosotros. Lieberman sacó de un cajón un equipo de instrumentos de disección, dio vuelta al bicho con unas pinzas, y señaló la parte baja de lo que sería el tórax en un insecto.

— Esto parece parte del cuerpo, ¿no es así señor Morgan?

— Así es.

Utilizando otros dos instrumentos, Lieberman encontró una fisura, y tironeó hacia los lados. El tórax se abrió como el vientre de un avión de bombardeo. Era un receptáculo, una bolsa, y adentro había cuatro utensilios o instrumentos, hermosos y diminutos,

de unos cinco centímetros de largo. Eran hermosos como es hermoso todo objeto de propósito funcional creado con amor, como la misma criatura, si ella no hubiera sido un insecto y yo un hombre. Utilizando unas pinzas, Lieberman sacó los instrumentos de las grapas que los sostenían y me los ofreció. Y yo los tomé, los palpé, los examiné y los dejé.

Luego miré la hormiga y me di cuenta de que no la había observado verdaderamente hasta entonces. No observamos atentamente lo que nos parece horrible o repugnante. No se puede ver nada a través de una pantalla de aborrecimiento. Pero el aborrecimiento y el temor se habían diluido, y mirando aquello comprobé que no era una hormiga, aunque lo parecía. En verdad, yo nunca había visto ni imaginado nada semejante.

Los tres hombres me observaban y de pronto me defendí.

—¡Yo no lo sabía! —exclamé—. ¿Qué esperan ustedes que haga uno cuando ve un insecto de este tamaño?

Lieberman sacó de su escritorio una botella y cuatro copas. Nos sirvió y bebimos. Yo no había esperado encontrar un buen whisky en aquella oficina.

—No lo sabemos —dijo Hopper—. No sabemos qué es.

Lieberman señaló el cráneo roto donde asomaba una sustancia blanca.

—Materia cerebral —dijo—, gran cantidad.

—Una criatura muy inteligente, quizá —declaró Hopper.

—Un insecto, con una estructura en evolución —dijo Lieberman—. Sabemos muy poco de la inteligencia de nuestros insectos. No es exactamente lo que llamamos inteligencia. Es un fenómeno colectivo, como las partes que componen un cuerpo humano. Cada parte vive independientemente, pero la inteligencia es el resultado del conjunto. Si sucediera lo mismo en criaturas como ésta...

Los hombres se quedaron mirando el bicho y yo pregunté:

—¿Y si tienen eso?

—¿Qué?

—La inteligencia colectiva de que usted ha hablado.

—Oh. Bueno, no podría decirlo. Sería algo que superaría nuestros sueños más extravagantes. Comparadas con nosotros serían... bueno, lo que somos nosotros comparados con una hormiga ordinaria.

—No lo creo —dije lacónicamente.

Y Fitzgerald, el funcionario, me replicó con calma:

—Tampoco nosotros lo creemos. Lo suponemos.

—Si es tan inteligente, ¿por qué no empleó contra mí una de sus armas?

—¿Hubiera sido eso una muestra de inteligencia? —preguntó Hopper suavemente.

— ¿Quizá ninguno de esos instrumentos sea un arma?

— ¿No lo sabe? ¿Las otras no llevaban instrumentos?

— Los llevaban — contestó Fitzgerald lacónicamente.

— ¿Y qué eran?

— No lo sabemos — dijo Lieberman.

— Pero ustedes pueden averiguarlo. Tenemos hombres de ciencia, ingenieros. Ésta es una era de instrumentos, ¿qué son, cómo funcionan, para qué sirven?

— Así es exactamente — replicó Hopper —. No sabemos nada, señor Morgan. Carecen de sentido para los mejores ingenieros y técnicos de los Estados Unidos. Conoce usted la vieja anécdota. Dele a Aristóteles un aparato de radio. ¿Qué haría Aristóteles? ¿Dónde encontraría energía eléctrica? ¿Y qué recibiría si nadie transmite nada? No es que esos instrumentos sean complicados. En realidad son muy sencillos. Pero no tenemos idea de lo que pueden o podrían hacer.

— Pero tienen que ser un arma de alguna clase.

— ¿Por qué? — preguntó Lieberman—. Mírese a sí mismo, señor Morgan; es usted un hombre culto e inteligente, pero no concibe un mundo donde las armas no sean un artículo de primera necesidad. Sin embargo, un arma es algo raro, señor Morgan, un ins-

trumento homicida. Nosotros no pensamos así porque las armas son hoy el símbolo de nuestro mundo. ¿Es eso civilización, señor Morgan? ¿O no son las armas y la civilización, en un sentido esencial, incompatibles? ¿No puede usted imaginar una mentalidad que no acepte, o no conciba la idea del crimen? Nosotros vemos todo a través de nuestra subjetividad. ¿Por qué otros — esta criatura, por ejemplo — no han de poder ver el proceso de la actividad mental fuera de su subjetividad? Se acerca a un ser de este mundo y la matan. ¿Por qué? ¿Qué explicación tiene? Dígame, señor Morgan. ¿Cómo se lo explicaría usted a una criatura completamente racional? — Y Lieberman señaló el bicho que estaba sobre el escritorio —. Se lo pregunto muy seriamente, ¿cómo lo explicaría usted?

— ¿Un accidente? — murmuré.

— ¿Y los ocho frascos del armario? ¿Ocho accidentes?

— Creo, señor Lieberman — dijo Fitzgerald —, que por ese camino puede ir usted un poco demasiado lejos.

— Sí, para ustedes puede ser así. Es una parte del ambiente en que viven. Pero mi ambiente es la ciencia. Y como hombre de ciencia trato de ser racional. La creación de una estructura de lo bueno y lo malo, o lo que llamamos moralidad y ética, es función de la inteligencia, e indiscutiblemente el mal fundamental puede ser la destrucción de la intelligen-

cia consciente. Por eso, y desde hace tanto tiempo, hemos aceptado al menos el mandamiento “No matarás”, aunque sólo de labios afuera. Pero para una inteligencia colectiva, de la que podría ser parte esta criatura, la idea del asesinato sería inconcebiblemente monstruosa.

Me senté y encendí un cigarrillo. Me temblaban las manos. Hopper se excusó:

— Hemos sido un tanto duros con usted, señor Morgan, pero en los últimos días otros ocho hombres han hecho exactamente lo mismo que usted. Estamos metidos en una trampa: somos lo que somos.

— Pero díganme, ¿de dónde vienen estas cosas?

— No importa casi de dónde vienen — contestó Hopper desanimadamente —. Quizá de otro planeta, quizá de los abismos de la tierra, o de la Luna o de Marte. No importa de dónde. Fitzgerald cree que vienen de un planeta menor, pues sus movimientos son aquí aparentemente lentos. Pero el doctor Lieberman opina que se mueven con lentitud porque no han descubierto la necesidad de moverse con rapidez. Entretanto, tienen que resolver el problema de estos asesinatos. Sólo Dios sabe cuántas han muerto en otros lugares, en África, Asia y Europa.

— Entonces, ¿por qué no se lo dicen al mundo? ¡Pronto, antes que sea demasiado tarde!

— Lo hemos pensado — dijo Fitzgerald —. ¿Pero y el pánico, la histeria? ¿Y si nos dicen que la culpa

la tiene la bomba atómica? No podemos cambiar: somos lo que somos.

—Quizá se vayan.

—Si, pueden hacerlo —declaró Lieberman—. Pero si no padecen la maldición del asesinato, quizá estén exentas también de la maldición del temor. Pueden ser sociales en el sentido más elevado. ¿Qué hace la sociedad con los asesinos?

—Hay sociedades que los condenan a muerte, y otras que reconocen su enfermedad y los encierran en un sitio donde no pueden seguir matando —dijo Hopper—. Por supuesto, es distinto cuando todo un mundo está en el banquillo. Ahora tenemos bombas atómicas y otras cosas, y estamos alcanzando las estrellas...

—Yo me inclino a creer que se irán —dijo Fitzgerald—. Quizá padezcan la maldición del temor, doctor.

—Quizá —admitió Lieberman—. Así lo espero.

Pero cuanto más lo pienso, más me parece que el temor y el odio son dos caras de la misma moneda. Trato aún de recordar, de recrear el momento en que vi al animal al pie de mi cama en la cabaña. Trato aún de extraer de mi memoria una visión clara de su aspecto, y descubrir si detrás de aquella cara quitinosa y de las dos antenas que se movían suavemente había alguna muestra de temor y de ira. Pero cuanto más se me aclaran los recuerdos, tanto más me parece descubrir una dignidad y una calma admirables. Nada de temor ni de ira.

Y cada vez más, mientras hago mi trabajo, tengo la impresión de lo que Hopper llamó “un mundo en el banquillo”. Yo tampoco siento ira. Como un criminal que ya no puede vivir consigo mismo, me satisface que me juzguen.

EL ESPÍA POLICIAL

Ésta es la historia de un espía policial que se convirtió en algo más que un espía policial, y que se llamaba Bondar Shar. Era un hombre joven, aunque nadie lo hubiera creído al verle los surcos bajo los ojos y los pesares grabados en la frente. No se debía esto únicamente al hecho de que tuviera una mujer enferma y cinco niños que nunca tenían bastante de comer, sino también al hecho de que fuera el espía especial de Widee Shimer.

Widee Shimer era organizador de Distrito del Partido Comunista de la India, en la zona central del Noroeste; esto quería decir que su territorio se extendía desde el Sind en el Oeste hasta Punjab en el Noroeste, y desde el Tíbet hasta Nepal. En realidad un reino, un imperio, como dirían algunos; pero como un organizador del Partido Comunista en la India no es un rey ni un emperador, Bondar Shar debía pensar con frecuencia que la zona central era, sencilla y puramente, una abominación.

En toda esta área inmensa, Widee Shimer no poseía un automóvil; no poseía siquiera una tonga, o sea un carro de bueyes; contaba únicamente con sus dos pies y, ocasionalmente, con un viaje en tren si debía recorrer una larga distancia, como cien o doscientas millas.

Generalmente caminaba. Shimer era pequeño, moreno y flaco, y la piel de la planta de sus pies estaba más curtida que el cuero. Cuando iba de un lugar a otro se movía con una especie de trotecito, con el cual hacía seis millas por hora aun en el calor del verano, cuando el termómetro se eleva a cuarenta y dos grados y a veces llega hasta cuarenta y cinco. Se lanzaba por los caminos polvorientos con un animado “buenos días” a todos, a los boyeros que dejaba detrás, como si estuvieran quietos, a los cocheros de tonga, que parecían moverse un poquito, a los trabajadores de los campos, a los aguateros, a los gordos sacerdotes, a los niños enclenques y a las muchachas que le sonreían tímida y suavemente.

A su zaga iba Bondar Shar, el espía de la policía, que juraba o mascullaba, o gruñía, y que a veces llegaba a llorar de cansancio y de rabia. Se dice que en otros países, donde los dirigentes son ricos y poderosos y les sobra el dinero, los espías sólo trabajan ocho horas al día, y los delatores e informantes aún menos. Tal vez sea cierto, pero en la India un espía que trabaja para la policía tiene horarios de veinti-

cuatro horas. La regla es: un espía por cada comunista. El mismo jefe de policía dictó la ley.

—Después de todo —dijo—, el Imperio no es lo que era. Si un rojo puede arreglárselas, me parece que un espía no tiene razones para quedarse corto.

Así fue que Bondar Shar no se quedó corto, y a veces sollozaba de furia por la vida que llevaba, y el oficio que había elegido. A veces, desesperado, cuando Widee Shimer emprendía uno de sus viajes, Bondar Shar alquilaba una tonga, pero el cochero de la tonga tenía que dar de latigazos al caballito para no quedarse atrás, y tarde o temprano esto terminaba en un incidente entre Bondar Shar y el cochero. Muchas veces se pasaba de las injurias a los golpes, y Bondar Shar se encontraba en el centro de un tumulto, mientras Widee Shimer se alejaba alegremente a paso presto.

Eran razones suficientes para deprimir a un hombre más duro que Bondar Shar. Cada mañana tenía que levantarse antes de la salida del sol. Con los miembros entorpecidos y fatigados se arrastraba por las callejuelas de la vieja Delhi hasta un lugar que estaba detrás de un bazar ambulante, donde Widee Shimer echaba su manta y dormía, dormía pero no vivía. Bondar Shar decía a su mujer con voz quejosa:

—El maldito tipo vive en mil lugares a la vez.

Y Bondar Shar tenía que empezar el día temprano, pues ya a las cinco de la mañana Shimer esta-

ba en camino a la sede del Partido, donde flameaba la bandera roja, o yendo al campo para asistir a una reunión de campesinos, o en dirección a los galpones de imprenta en la vieja Delhi.

Se tocaban los límites de la resistencia humana, y aunque algunos digan otra cosa, un espía es un ser humano. Las cosas llegaron al punto en que Bondar Shar tuvo que actuar, y durante días meditó sobre los diversos métodos a seguir. En la vieja Delhi había algunos hombres malos que hacían cosas si se les pagaba, pero Bondar Shar no estaba seguro de que consintieran en matar a un dirigente comunista, y en el caso de que aceptaran, ¿dónde iba a encontrar el dinero? Un asesinato no es un paseo en tonga: apenas podría arreglarse la cosa con veinte rupias, y si se llegaba a saber, acaso al gobierno no le gustaría. Es verdad que en el Punjab, cuando el gobierno se cansaba de un dirigente comunista, le hacía quebrar las dos piernas y atar a una camilla a fin de que los huesos se soldaran en forma caprichosa, de tal modo que siempre que uno veía a un *Sij* barbudo, que andaba como un pato, uno ya se daba cuenta de qué clase de persona era.

Y también era cierto que en Bengala arrancaban las uñas de los dirigentes comunistas y de cuando en cuando les cortaban los pulgares. Pero en este momento el Partido era legal en la zona central, y podía pasar un mes, o tal vez un año, antes de que

lo declararan de nuevo ilegal. Y como no era ni *yogi* ni *fakir*, la idea de que tendría que seguir en este tren por un mes, o tal vez por un año más, casi lo enloquecía de desesperación. ¿Cuántas veces no se dijo a sí mismo: “Qué hombre es más desdichado que yo?”

Después de reflexionar y de desechar esta solución, llegó finalmente a decidirse por la única viable. Una vez decidido, quedó tranquilo y no dijo nada ni a su mujer ni a sus amigos, y al día siguiente procedió.

Aún no había amanecido aquel día cuando Widee Shimer salió al trote del lugar que estaba detrás del bazar, deteniéndose sólo un instante para saludar al espía con una inclinación de cabeza. Pero esa mañana Bondar Shar no esperó a que Shimer hubiera alcanzado los treinta pasos establecidos para seguirlo, sino que extendió el brazo y asió la manga de la camisa de algodón de Shimer, diciéndole:

—Detente. Espera un momento.

Un momento, un momento, —pensó Shimer—, preguntándose si no se habría decidido la noche anterior que el Partido iba a ser suprimido, y qué posibilidades tenía de dejar a Bondar Shar fuera de combate y atarlo con las cintas de su *dhoti*. Pero Bondar Shar se había forzado a sonreír con una amabilidad que ningún espía se habría permitido en el momento de hacer un arresto.

—Me pareció que podíamos hablar —dijo Bondar Shar rápidamente.— Aquí estamos los dos,

de aquí para allá y siempre juntos, y nunca cambiamos una palabra.

Era verdad y Shimer se vio forzado a reconocerlo. En general él saludaba con una inclinación de cabeza y sonreía, pero nunca habían cambiado una palabra.

—Un espía es un espía —dijo, eligiendo las palabras cuidadosamente y reprimiendo todo deseo de usar palabras más fuertes.

—Un espía es un ser humano —contestó Bondar Shar.

—Es cierto.

Shimer no iba a ir más lejos, pero miró al otro hombre, y trató de adivinar su casta, probablemente *brahmin*, su edad, que no podía ser más de treinta, y su aspecto, que no era malo: piel oscura, ojos castaños claros y buenos rasgos, pero patéticamente flaco, tan flaco como el mismo Shimer, y en esta hambrienta tierra hay un vínculo entre todos los flacos.

—Humano —repitió Bondar Shar—. ¿Cuántas veces he asistido a tus reuniones, te he oído hablar y dirigir discusiones, escurriéndome entre paredes, arrastrándome por los techos y colgándome de las ventanas? ¿Cuántas veces?

—Muchas, sin duda —dijo Shimer—, pero ya es tarde. Tengo una conferencia importante a las seis. Si caminas conmigo...

—Y si voy atrás respetando los treinta pasos prescritos, vamos a tener que gritarnos. Por otra parte, si me ven hablando contigo...

—A esta hora sólo nos pueden ver los *culis* —dijo Shimer encogiéndose de hombros—. ¿Y, a quién se lo van a contar?

Bondar Shar asintió resignado y se puso a andar a lado de Shimer.

—No creas que escucho sin oír —dijo petulantemente, frotándose los ojos soñolientos—. Habláis de las masas y del pueblo. Habláis de los trabajadores y de los que no tienen bastante que comer. Habláis de cómo hay que ayudar al pueblo, conocer al pueblo, acercaros a él. Habláis de una vida mejor para el pueblo. ¡Cuántas veces he oído esto y he escrito en mi informe: “Widee Shimer asegura a los trabajadores del algodón que pueden obtener una vida mejor”!

—Estoy seguro que muchas veces —reconoció Shimer.

—Y ¿qué hay de mí? —preguntó Bondar Shar—. ¿No soy humano?

—Eres un espía que trabaja para la policía, pero también un espía es humano.

—Es cierto. Pero permíteme que te diga, Widee Shimer, que la vida que vivo no es vida para un ser humano, es una vida de perro. Saldría beneficiado si me cambiara por el más pobre de los *culis*. Tengo que estar aquí antes del amanecer, cuando te

despiertas, ir a una aldea y volver a la ciudad. Hay una, dos, tres reuniones, una tras otra. Una comisión preparatoria en que tú hablas tan bajo que me veo obligado a inventar los informes. Una demostración popular, una huelga, y Dios sabe si mi cabeza no está entonces en tanto peligro como la tuya. De vuelta a las aldeas. De vuelta a Nueva Delhi, luego a la vieja Delhi. ¿Sabes cuántos kilómetros por día me haces caminar?

—Muchos, supongo —dijo Shimer un poco incómodo.

—Treinta, cuarenta, cincuenta kilómetros por día. Sí, la semana pasada por ejemplo, caminé cincuenta kilómetros en un día. Y después las reuniones y las conferencias hasta muy entrada la noche, hasta la una y las dos de la mañana. ¿Puedo ver a mis hijos? ¿Puedo oír una palabra de consuelo de mi mujer? Mejor estar muerto que ser espía en este maldito lugar. Pero, ¿qué otra cosa sé hacer? Durante dos años estudié para pasar los exámenes de la policía. Soy un empleado público, pero preferiría ser aguatero.

El rápido paso de Shimer se hizo más lento. Sus ojos pequeños y brillantes se angostaron, y torció la cabeza.

—Serías más feliz si fueras aguatero. No se me había ocurrido. Primero me dices que eres humano, y luego que eres desgraciado. Pero eres *brahmin*, y no puedes ser aguatero. ¿Sabes cocinar?

—Peor que un inglés —contestó Bondar Shar avergonzado.

—Es una vergüenza. Siempre pienso que, en el peor de los casos, un *brahmin* puede cocinar. Dime: ¿cuánto te pagan por ser espía?

—Treinta rupias mensuales —dijo Bondar Shar. Widee Shimer se paró y silbó suavemente.— ¡Treinta rupias mensuales! Mira, yo soy un dirigente comunista, soltero, que no necesita más que un plato de arroz y una manta. El dinero que me pagan proviene de las manos de los obreros y los campesinos, pero me dan treinta y cinco rupias por mes. ¿Cómo puedes vivir con treinta rupias mensuales?

—No puedo —reconoció Bondar Shar—. Siete bocas que alimentar, y ¿cuándo comemos lo suficiente? Cuando los niños se enferman, no podemos llamar al médico. Nunca han probado un dulce. Mi mujer tiene que llevar el mismo *sari* durante cuatro años. En el invierno tiritamos porque no podemos comprar carbón. En el verano nos sofocamos. Si fuera espía de prostitutas, podría ganarme una rupia aquí, otra allá. Si fuera espía de los acaparadores de cereales, mi estómago nunca estaría vacío, ni tampoco el de mis hijos. Pero ser espía de los comunistas... ¡La muerte sería mejor! ¡Te lo juro! mejor estar muerto.

—La muerte no es nunca mejor —dijo Shimer suavemente—. Te diré una cosa, no hay remedios rápidos para estos cánceres sociales, como son

los espionajes policiales. Pero podemos mejorar un poco las cosas. Podemos hacer que veas a tu familia de cuando en cuando, que descanses un poco. A esta altura, ya sabes más o menos lo que ocurre en nuestras reuniones. Cuando yo tenga una reunión, no es necesario que me acompañes. Te veré después y te daré un informe completo. Y cuando haya una reunión por la noche, podrás irte a tu casa. Al día siguiente te ayudaré a redactar el informe.

Vacilante al principio, Bondar Shar terminó por aceptar las propuestas de Shimer. Fue a su casa, oyó los reproches de su mujer y jugó dos horas con los niños. Especialmente con Santha, la menor, que parecía una muñequita esculpida en marfil viejo. Así pasó ese día y muchos otros, y la vida se volvió más tolerable. Y a pesar de sí mismo, a pesar del hecho de que sabía que era incorrecto, que no iba a llevar a nada bueno, empezó a sentir cierto afecto por Widee Shimer. Como súbdito del Estado, como empleado público y oficial de la Corona, sabía que el sólo pensar estas cosas era franca traición.

Había una lista de infracciones, una escala del crimen, por así decirlo. Un ratero era peor que un traficante de arroz, un tratante de blancas era peor que una prostituta, y un asesino, por supuesto, era el peor de todos; pero los asesinos y los tratantes de blancas no tenían espías pegados a los talones, como los comunistas. En verdad, Bondar Shar estaba sufi-

cientemente convencido de que albergar un pensamiento amistoso hacia un comunista era equiparable a un crimen. Trató de recordar esto cuando Widee Shimer le preguntó unos días más tarde:

—¿Es cierto, Bondar Shar, que a todos los espías policiales se les paga tan mal como a ti?

—Peor, yo soy un espía superior. Un aprendiz de espía policial gana veinte rupias al mes. Naturalmente, no está obligado a seguir a una persona como tú.

—Naturalmente. En una palabra, te explotan tanto como a los obreros... y no tienes recursos.

—¿Qué quieres decir?

—Que no puedes organizarte.

—¿Organizar qué?

—Un sindicato. Deja que te explique... Los conductores de *tonga* tienen un sindicato y también lo tienen los trabajadores del algodón, los aguateros, los changadores y hasta los barrenderos. En la huelga de los algodóneros ganamos para ellos un aumento. Hemos llegado a convencer a los campesinos de la necesidad de tener una organización. ¿Sabes que en Estados Unidos un espía trabaja ocho horas al día y ni un minuto más?

¿Con qué sueldo? —preguntó Bondar Shar astutamente.

—Por mil doscientas o mil cuatrocientas rupias mensuales —contestó Shimer encogiéndose de

hombros—. Personalmente, no tengo mucho interés en el asunto. Nosotros no trabajamos para favorecer a los espías de la policía, trabajamos para el pueblo...

Siguió hablando y Bondar Shar escuchaba. Escuchó durante una hora y al cabo de ella dijo a Shimer:

—Si yo reuniera a unos cuantos espías más, unos seis o siete, amigos personales, ya me entiendes... ¿podrías hablarles?

—Supongo que sí —contestó Shimer.

Después, pensando en la propuesta, se preguntó qué podría decirles y qué sentido tendría esto y dijo a Bose, el director del diario del Distrito:

—¿Qué puede esperarse de un hombre que trabaja para la policía?

—La esperanza de que se muera— contestó Bose, que era un hombre de buen humor.

—Sin embargo, un espía es un ser humano.

La muchachita que corregía pruebas —tres de sus hermanos habían muerto en la plaga de hambre, y otro en una cárcel inglesa— observó:

—Es un problema de fondo y forma, mi querido Shimer. La forma es humana, pero el fondo es pura mugre.

—Soy un hombre compasivo —dijo Bose reflexivamente—. Pero la compasión no es un pozo sin fondo. ¿He de tener compasión por la víbora cuando le corto la cabeza?

De modo que Shimer se quedó tranquilo, recordando la excitación y la boca abierta de Bondar Shar, y al día siguiente fue a la reunión que se celebraba en el lugar señalado. Una cantera abandonada, a la cual nadie iba, pues los ingenuos creían que estaba habitada por el fantasma de un santón malhumorado. Sin embargo, como ni los comunistas ni los espías creían en fantasmas, era tenida por un lugar excelente. Bondar Shar no vino con seis o siete, sino con veinte, y Widee Shimer observó curiosamente los distintos tipos de hombres que estaban allí sentados en el suelo.

Había altos y bajos, y en sus caras se leía maldad, avidez y desesperanza, también astucia y desorientación, y como nota común de todos ellos un hambre que nunca se había satisfecho, ni siquiera un día, ni siquiera una hora. Al mirarlos, Shimer se sintió lleno de asco y rechazo, se sintió como el héroe del *Rigveda* que se convierte en el confidente de las serpientes y los seres que se arrastran; pero cuanto más los miraba, más se daba cuenta que el hambre de estos hombres no provenía sólo del estómago.

Suspiró, lamentando haber venido, y empezó a hablar lenta y laboriosamente. Habló de muchas cosas, de las clases de hombres y de la fraternidad de los hombres. Habló de la libertad, de oprimidos y opresores, y mientras hablaba, observaba las caras de los veinte hombres malditos en la cantera.

—En esta región —dijo Shimer— y en un lugar al cual se puede llegar a pie, está el Taj, el más bello edificio que existe sobre la tierra. Es como el bendito sol de invierno encerrado en un receptáculo de perlas y alabastro pero, ¿qué es sino una conmemoración de los diez mil esclavos que lo construyeron, la hermosa torre de un inenarrable sufrimiento? ¿Cuántas lágrimas se han mezclado a la argamasa con que está hecho? Recuerdo de esclavos en una tierra de esclavos...

Así habló, y pasó una hora y otra hora y llegó al fin de su discurso. No podía llamarlos camaradas; los miró y ellos lo miraron, y entonces Bondar Shar se levantó y dijo con aire de pedir disculpas:

—Gracias, Widee Shimer. Es para mí un honor que se me haya encomendado que siga tus pasos. Pero antes de que tú llegaras, hemos hablado entre nosotros de ciertos asuntos. Querríamos formar un sindicato para que nuestros salarios aumenten y puedan alimentarnos.

Los otros aprobaron. Hubo un rato largo, muy largo, en que nadie habló y en que Shimer reflexionó considerando un aspecto y otro del problema, pero finalmente también él asintió con la cabeza y les dijo:

—Está bien. Éstas y éstas son las cosas que debéis hacer para tener un sindicato de espías.

Así fue que Widee Shimer se alejó de la cantera, turbado y perplejo, y que el primer sindicato

de espías de la India surgió a la existencia. Así fue también que, dos semanas después, Widee Shimer se levantó por la mañana, dejó su refugio y se encontró con que había un nuevo espía que seguía sus pasos.

—¿Dónde está Bondar Shar? —le preguntó. Pero el espía no contestó. —¿Está enfermo? ¿Lo han transferido? ¿Tiene tribulaciones de familia? Widee Shimer preguntó y se sintió un poco irritado de sí mismo por interesarse en los asuntos de un espía.

Pero el hombre nuevo no dijo nada: se limitó a apretar los labios y a fruncir el ceño, a la manera de un empleado de policía.

A todo esto, Bondar Shar estaba sentado en la oficina del jefe residencial, que llevaba una casaca blanca de lino larga hasta la rodilla, pantalones cortos blancos y finas medias de seda blanca que llegaban unos pocos centímetros por debajo del lugar en que terminaban los pantalones. El casco de corcho del magistrado estaba sobre el escritorio, a su espalda; tenía las piernas cruzadas y se espantaba las moscas con una pantalla de reluciente cuero negro. Era un hombre afable e interrogaba a Bondar Shar con mucha cortesía.

—¿Es usted un empleado nacional? Bondar Shar dijo: —Sí; por supuesto— sin dejarse engañar por la amabilidad y muy, muy asustado.

—¿Pronunció usted un juramento de servicio a la Corona?

— Así es — contestó Bondar Shar.

— No sólo empleado nacional — dijo el magistrado con aire reflexivo —, sino que forma usted parte del Servicio Secreto. El Servicio más apreciado por Su Majestad. ¿Se da cuenta de esto, por supuesto?

— Por supuesto — murmuró Bondar Shar.

— He tratado este asunto con el comisionado. Está preocupado. También lo estoy yo. ¿Me entiende?

— Por supuesto — dijo Bondar Shar, horriblemente asustado y, sin embargo, un poquito orgulloso de haber llegado a ser un tema de conversación del comisionado.

— No se puede tener una organización dentro del Servicio — dijo el magistrado melancólicamente —. No podemos tener un sindicato. Queremos los nombres de todos los que pensaban asociarse con usted. Después que me escriba los nombres, trataré de que no lo pase demasiado mal.

Le dio una hoja blanca.

— ¿Qué nombres? — murmuró Bondar Shar.

El magistrado había estado en la India mucho tiempo y como él decía, conocía a los nativos; Bondar Shar era sin ninguna duda un nativo. Así fue que los dos se miraron y el magistrado pensó que iba a llegar el día en que los diablos se habrían de soltar sobre este país de cuatrocientos cincuenta millones de almas — aunque en privado se reconocía a sí mis-

mo que no eran humanos y que no tenían almas—; y Bondar Shar, por otra parte, tuvo conciencia de su propia alma, de su valor, de su fuerza, y de la locura que corría por sus venas, pese al miedo y al terror, y que lo impulsaba a hacer una cosa inesperada.

Meneó la cabeza, recordando a sus cinco hijos, a su mujer, a su hijita en especial, el olor penetrante y dulce de la ciudad vieja en el invierno, el perfume del *Bhísti* en el verano y todas las buenas cosas de la vida que recuerdan los hombres en estas ocasiones.

—¿No? —preguntó el magistrado suavemente.

—No, *sahib* —contestó Bondar Shar en un susurro, porque sabía que debía esperar lo peor.

Y el magistrado no insistió ni amenazó, porque hacía mucho tiempo que estaba en la India.

En primer lugar, a Bondar Shar le arrancaron las uñas. Una a una se las arrancaron y fue muy doloroso. Al principio Bondar Shar lloraba como un niño, pero al final gritaba como una parturienta. Después lo entregaron a los *gurjas*, porque aunque gritaba como una mujer que pare, sus gritos no eran más que sonido y no los nombres de ciertos hombres. Sus gritos eran plegarias, juramentos y súplicas, oscuras referencias que sólo se le ocurren a un espía, pero nunca los nombres de determinados hombres. Así fue que lo entregaron a los *gurjas* diciéndole al sargento a cargo de la división que era necesario obtener esos

nombres. Los *gurjas* le hicieron muchas cosas. Son hombrecitos de las montañas, hombres terribles, que no creen en Dios ni en el honor, sino sólo en la guerra y en sus malvados cuchillos. Los *gurjas* le hicieron cosas que no se pueden describir. Y cuando Bondar Shar estaba en carne viva y sin conciencia, fueron a ver al magistrado y le dijeron:

—Emitió muchos sonidos, pero no dio los nombres. Ahora se está muriendo. Nunca hemos visto un comportamiento semejante en un espía a sueldo de la policía, pues todos sabemos que estos hombres son cobardes y abyectos. Tan sólo el veneno del comunismo puede explicar este comportamiento.

—Ponedlo en una canasta y entregadlo a su familia —dijo el magistrado, lleno de horror, pues estas cosas no gustan a los hombres blancos y bien nacidos, y muy enojado con los *gurjas* por haber ido tan lejos.

Así fue que lo pusieron en una canasta y lo llevaron a su casa, y entonces hubo un funeral, una pequeña procesión, a decir verdad, pues éste es un país de funerales, pero una procesión de todos modos, con cuatro lloronas profesionales, la mujer, los hijos y Widee Shimer.

Shimer pasó un día entero en el funeral y con la familia, después volvió a la casa de la antigua Delhi, donde ondea mañana, tarde y noche la bandera roja.

—¿En dónde andabas? —le preguntó Bose—. ¿Eres un organizador o un caballero que vive de rentas?

—¿Una mujer, al fin? —preguntó la señorita correctora de pruebas.

—¿O pensaste que necesitabas un descanso? preguntó el secretario del sindicato.

—Marché en la procesión de un espía maldito y despreciable, que dejó de ser un espía —dijo Shimer serenamente, y luego, como en esa tierra el que llora a los muertos ya no hace nada más, Widee Shimer volvió a su trabajo entre los vivos.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	3
PRÓLOGO.....	5
FAST EN MÉXICO.....	11
CRISTO EN CUERNAVACA.....	25
NOTA AL LIBRO <i>INFANCIA EN NY</i>	65
LA HORMIGA GIGANTE.....	71
EL ESPÍA POLICIAL.....	89

HOWARD FAST

(1914-2003)

Uno de los escritores más prolíficos e interesantes del siglo XX. Comprometido con la sociedad de su tiempo y con los derechos de las minorías, fue perseguido durante el maccarthismo y pasó tres meses en prisión por desacato, amén de ver cómo sus libros eran retirados de las bibliotecas públicas y su nombre aparecía en las famosas «listas negras». **Espartaco**, sin duda la más célebre de sus novelas, fue víctima de esta persecución, como explica el propio autor en el prólogo.

Su defensa de la libertad individual y colectiva se ha expresado de las formas más diversas (artículos periodísticos, obras teatrales, guiones cinematográficos y televisivos, ensayos, relatos), pero destacan en su obra una sesentena de novelas que van de la policiaca (a menudo con el seudónimo E. V. Cunningham) a la ciencia ficción. Entre sus más espectaculares éxitos, además de **Espartaco**, se cuentan **Rachel**, su extenso ciclo sobre la familia Lavette (**Los inmigrantes**, **Segunda generación**, **El legado**, **La hija del inmigrante...**) y su impresionante novela histórica **Mis gloriosos hermanos. Judea contra Antíoco IV**.

Su obra ha sido traducida a más de ochenta lenguas, de ella se han vendido decenas de millones de copias, ha sido llevada al cine y la televisión en varias ocasiones.

Este libro se editó en la Ciudad de México.
Todos los derechos reservados.